

ILCL
INSTITUTO DE
LITERATURA Y
CIENCIAS DEL
LENGUAJE



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO

**“La in/migrante de color, negociante ambivalente: análisis feminista-decolonial de
The house on Mango Street (1984) de Sandra Cisneros y *Lucy* (1990) de Jamaica
Kincaid”**

TESINA PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN
LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICA

ALUMNO: Carla Morales Pacheco

PROFESOR GUÍA: Damaris Landeros Tiznado

VIÑA DEL MAR, ENERO DE 2019

Resumen

Este trabajo enfoca, en un corpus compuesto por las novelas *The house on Mango Street* (1984) de la mexicoamericana Sandra Cisneros y *Lucy* (1990) de la antiguana-americana Jamaica Kincaid, las representaciones literarias de las negociaciones mediante las cuales se constituye y subsiste un tipo de subjetividad específico, a saber, el de la mujer in/migrante de color arribada a la entidad geopolítica de primacía ideológica blanca de los Estados Unidos. Las protagonistas de las novelas en cuestión, Esperanza y Lucy, encarnan ese tipo de subjetividad. Se plantea que, dado que son in/migrantes, las protagonistas se dividen entre sus *allá-entonces* y sus *aquí-ahora* (Trigo 2000); dado que son mujeres, se debaten entre acatar y desacatar la opresión por género (Lugones 2008), y dado que son mujeres de color, sus negociaciones con la opresión sexista se entremezclan con sus negociaciones con las opresiones clasistas y racistas (Lugones 2008, Mignolo 2007, Quijano 1992). El objetivo de este trabajo es determinar y analizar tales negociaciones, al alero del campo teórico-crítico del feminismo decolonial. La circunscripción del presente trabajo a este campo se debe a qué, en pos de elucidar los consensos y disensos mediante los cuales la sujeta in/migrante de color cede o se resiste a la primacía ideológica blanca y masculina de su praxis, ha de partirse por entender que ella pertenece al conglomerado de “las “Otras” del feminismo hegemónico” (Bidaseca et al. 7) y, en ese sentido, subsumirla a “una colectividad monolítica de “mujeres”” (Spivak 61) sin especificación, solo la silencia (Spivak 2009) y la invisibiliza (Lugones 2008).

Índice

1. Introducción	3
1.1. Hipótesis	5
1.2. Objetivos	5
1.2.1. Objetivo general	5
1.2.2. Objetivos específicos	6
2. Estado del arte	7
3. Marco teórico	15
3.1. In/migrancia y nomadismo	15
3.2. Regímenes de opresión modernos/coloniales	17
3.3. Mujeres de color e interseccionalidad	18
3.4. Subalternidad	20
4. Capítulo 1: Las escisiones y negociaciones de la in/migrante	23
4.1. Entre el <i>allá-entonces</i> y el <i>aquí-ahora</i>	23
4.2. Entre la asimilación, la adaptación y el nomadismo	27
4.3. Entre la modernidad y la colonialidad: la colonialidad del poder	34
5. Capítulo 2: Las escisiones y negociaciones de la mujer de color en los Estados Unidos	37
5.1. Las negociaciones con la colonialidad del género en la intersubjetividad	37
5.2. Las negociaciones con la colonialidad del género en la discursividad	52
6. Conclusiones	61
7. Referencias bibliográficas	65

1. Introducción

La presente investigación se enmarca en el campo epistemológico del feminismo decolonial. Tiene de fuentes a los misceláneos estudios culturales y de género (Braidotti 2000, Rich 1999, Trigo 2000), a los postcoloniales (Spivak 2009), a los decoloniales latinoamericanos (Cubillos 2015, Lugones 2008, Mignolo 2007, Quijano 1992) y, puesto bajo una lente a la par apreciativa y cauta, al feminismo clásico (Beauvoir 2015, Woolf 2014)¹. Toma de objeto de estudio un corpus de dos novelas: *The house on Mango Street* (1984) de la mexicoamericana Sandra Cisneros (1954) y *Lucy* (1990) de la antiguana-americana Jamaica Kincaid (1948). La selección de estas novelas y autoras se debe a que, pese a su gran popularidad en los espacios anglo², figuran como marginadas del canon latinoamericano difundido en ambientes educacionales y celebrado por la academia³. Esta marginación es, en lo que a esta investigación respecta, reprochable: las autoras crean en Estados Unidos, situando las tramas de sus obras (al menos las aquí estudiadas) en ese mismo territorio; no obstante, articulan esas tramas en torno a tópicos y problemas sumamente relevantes para las subjetividades centro y sud americanas actuales. Entre tales problemas, destaca el del in/migrante y, más específicamente, el de *la in/migrante* (o descendiente de in/migrantes) asentada en América del Norte (principal entidad imperialista del presente) y oriunda de territorios que antaño fueron colonias de Europa (principal entidad imperialista del pasado). Las representaciones literarias, en el corpus aquí analizado, de la sujeta in/migrante conflictuada entre el pasado del que viene y el presente al que arriba, y asimismo conflictuada por la primacía ideológica blanca y masculina que permea a esos

¹ En ambas novelas aquí analizadas aparecen guiños intertextuales a los principales textos de Beauvoir y Woolf. En los análisis de la presente investigación se interpretan esos guiños.

² Se revisan, en el apartado del Estado del arte de la presente investigación, algunos de los muchísimos estudios teórico-críticos surgidos en espacios anglo acerca de las novelas de Cisneros y Kincaid.

³ Hay, en todo caso, material teórico-crítico de las novelas en cuestión surgido del ámbito académico hispánico. Algunos ejemplos de ese material se revisan en el apartado del Estado del arte de la presente investigación.

dos polos, son el foco puntual del análisis que en la presente investigación se acomete. Ese análisis, así, exige atender a los regímenes, de instauración colonial y vigencia moderna, del género, la clase y la raza (Lugones 2008, Mignolo 2007, Quijano 1992), los cuales, por sí mismos o en interacción, determinan los muchos talantes que la opresión puede cobrar (en las novelas, por ejemplo, hay hombres de color que figuran como oprimidos respecto de los hombres y mujeres blancos, y a la vez como opresores respecto de las mujeres de color).

Esta investigación se circunscribe al campo epistemológico del feminismo decolonial pues el tipo de subjetividad que analiza, y que Cisneros y Kincaid plasman literariamente en sus respectivas obras, se subsume al conglomerado de “las “Otras” del feminismo hegemónico” (Bidaseca et al. 7), esto es, aquellas para quienes resulta no solo beneficioso, sino urgente, el enlace teórico y práctico de los estudios culturales y de género con los de la post- y la decolonialidad, pues de tal enlace surge un “cuestionamiento político a la epistemología occidental de producción de conocimiento, reivindicando los saberes de los cuerpos, identidades [y] culturas marginalizados por el universalismo” (Bidaseca et al. 8). El análisis de *The house on Mango Street* y de *Lucy*, entonces, se acomete en razón de ese cuestionamiento, el cual permite, y aun exige, por un lado, una lectura a contrapelo de los feminismos clásicos, que pecan de excluyentes de grado o por fuerza, y por otro lado y ante todo, una toma de conciencia de que “[e]l patriarcado no existe en estado puro en ningún lado [y, por lo tanto,] la mayoría de las mujeres en el mundo deben luchar por sus vidas en muchos frentes a la vez” (Rich 38). La presente investigación, al cabo, aporta sumándose al proyecto global insurgente del feminismo decolonial, a saber, el de cuestionar las lógicas y discursos hegemónicos, priorizar las lógicas y los discursos alternativos, y, con ello, desestabilizar las articulaciones históricas y contemporáneas entre el sexismo, el clasismo y el racismo.

1.1. Hipótesis

Las protagonistas de *The house on Mango Street* (1984) de Sandra Cisneros y de *Lucy* (1990) de Jamaica Kincaid, quienes son representaciones literarias de la in/migrante de color, negocian constantemente en pos de subsistir. Dado que son in/migrantes, se escinden espaciotemporalmente entre sus *allá-entonces* y sus *aquí-ahora* (Trigo 2000), idealizando el *aquí-ahora* y pretendiendo obliterar el *allá-entonces*, hasta que el primero se revela decepcionante y el segundo se revela omnipresente. Simultáneamente, dado que son mujeres, se debaten entre acatar y transgredir el orden patriarcal o régimen de opresión por género (Lugones 2008), el cual imbuje sus espaciotiempos y es pregonado por su familiares, amigos y otros miembros de sus círculos inmediatos. Ahora bien, dado que, además, son mujeres de color, sus negociaciones con el régimen de opresión sexista se entraman con sus negociaciones con los regímenes de opresión clasista y racista (Quijano 1992, Mignolo 2007). Las negociaciones efectuadas por las protagonistas en razón de su común condición de mujeres de color in/migrantes, responden a sus anhelos de asentarse libremente, y dan cuenta de cuán ambivalentes se hallan ambas entre las opciones de consentir y de disentir a los regímenes de opresión, pues ni una opción ni la otra les acarrea consecuencias categóricas, del todo positivas o del todo negativas, sino inciertas, a la par costosas y meritorias.

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo general

Analizar, a la luz del feminismo decolonial, el cariz ambivalente de las negociaciones (los consensos y los disensos) que las protagonistas de *The house on Mango Street* y de *Lucy* efectúan, dada su común condición de in/migrantes femeninas de color, y respecto de los

espaciotiempos en que se escinden y de los regímenes de opresión clasista, racista y especialmente sexista que imbuyen a esos espaciotiempos.

1.2.2. Objetivos específicos

- Determinar y analizar las negociaciones con que las protagonistas, en calidad de in/migrantes de color, gestionan su escisión entre los espaciotiempos del *allá-entonces* y el *aquí-ahora*.
- Determinar y analizar las negociaciones con que las protagonistas, en calidad de mujeres de color, gestionan su escisión entre acatar y transgredir el orden patriarcal o régimen de opresión por género.
- Analizar el entrecruzamiento entre las negociaciones que las protagonistas, en calidad de mujeres de color in/migrantes, acometen para lidiar con la opresión sexista, y las negociaciones que acometen para lidiar, también, con las opresiones clasistas y racistas.

2. Estado del arte

Esta es la revisión de una serie de estudios teórico-críticos sobre las novelas *The house on Mango Street* (1984) de Sandra Cisneros y *Lucy* (1990) de Jamaica Kincaid. La revisión se acomete con el fin de establecer un estado del arte que permita, por un lado, vincular la presente investigación con algunos de sus precedentes y, por otro lado, diferenciarla de estos en virtud de los aportes o las novedades que ella le reportará al campo de los estudios literarios. Se revisan siete estudios: tres abordan la novela de Cisneros, otros tres abordan la novela de Kincaid, y uno las aborda a ambas simultáneamente.

Así, por una parte, en “Sandra Cisneros’ *The house on Mango Street*: Community-Oriented Introspection and the Demystification of Patriarchal Violence” (1989), McCracken propone que *The house on Mango Street* queda al margen del canon literario por la raza y el género de la autora y, además, por la forma lingüística⁴ y el fondo ideológico de la novela. Enfocándose específicamente en ese fondo ideológico, McCracken dice: “In bold contrast to the individualistic introspection of many canonical texts, Cisneros writes a [...] novel [...] that roots the individual self in the broader socio-political reality of the Chicano community” (63-64). Mediante el resalte de lo sociopolítico, McCracken alumbra el talante comunal de las experiencias de la protagonista de la novela. La casa, como espacio en que se idean y concretizan muchas de esas experiencias, es un buen ejemplo; refiriéndose a este espacio, McCracken declara: “Cisneros socializes the motif of the house, showing it to be a basic human need left unsatisfied for many of the minority population under capitalism” (64). Señalando esto,

⁴ Al abordar *The house on Mango Street*, McCracken prioriza el aspecto ideológico por sobre el aspecto lingüístico; no obstante, sus observaciones sobre este último son igualmente interesantes. La esencia de tales observaciones es que “[i]n opposition to the complex, hermetic language of many canonical works, *The house on Mango Street* recuperates the simplicity of children’s speech” (64), y, aunque esto hace al texto fácilmente legible, lo cierto es que “such simple and well-crafted prose is not currently in canonical vogue” (64).

McCracken rescata la denuncia contenida en la novela de Cisneros contra un modo común y aceptado de estratificación clasista. Asimismo, nota inserto en la novela un reclamo insistente contra la violencia sexista; un mérito de peso de *The house on Mango Street* es, así, según McCracken, “its demythificatory presentation of women’s issues, especially the problems low-income Chicana women face” (66). En esta afirmación, McCracken pone al descubierto el funcionamiento conjunto del clasismo y del racismo con el sexismo. Lo mismo pretende lograrse al acometer los análisis de la presente investigación, aunque al alero del conocimiento feminista decolonial.

Beltrán-Vocal hace eco de esa última opinión de McCracken; en “La problemática de la chicana en dos obras de Sandra Cisneros: *The house on Mango Street* y *Woman Hollering Creek and Other Stories*” (1995), sostiene que la mexicoamericana, y en general la mujer hispánica radicada en Estados Unidos, es una individuo que históricamente ha devenido en una condición bicultural (139). Esa condición le pone trabas a la existencia femenina, entre las cuales destaca, en opinión de Beltrán-Vocal, que “[l]a función de la mujer, dentro de los cánones de la sociedad mexicana y chicana, es ser madre y esposa antes que mujer” (139). El mérito de Cisneros se mide respecto del tratamiento que hace de esa función; para Beltrán-Vocal, la producción literaria de la autora mexicoamericana desafía y redefine las funciones femeninas tradicionales (140). En *The house of Mango Street*, por ejemplo, Cisneros plasma a la chicana (Esperanza) y a otras mujeres de color (las amigas, vecinas y otras conocidas de la protagonista) subsistiendo en pugna contra enemigos múltiples, pues el machismo que las amenaza es común a los sujetos hispánicos y no-hispánicos (Beltrán-Vocal 144). Los agentes del machismo, así, operan en los mundos que Esperanza habita: el mundo de la escuela (un espacio de primacía anglo) y el mundo del barrio (un espacio de primacía chicana), de los cuales se separa el mundo metafísico de la

imaginación y la creación literaria, al cual huye Esperanza (Beltrán-Vocal 144). Este específico planteamiento que hace Beltrán-Vocal de un mundo artístico como sitio no material en que se halla resguardo pues ahí no impera el machismo, ilustra, en lo concerniente a la presente investigación, una estrategia de evasión o disenso esgrimida por la protagonista de *The house on Mango Street* y, por lo tanto, es un planteamiento al que se retornará para discutirlo detalladamente más adelante, en los apartados de análisis del presente trabajo.

También condiciéndose en cierta medida con McCracken, Perles, en “El motivo de la casa como símbolo organizador en *The house on Mango Street*, de Sandra Cisneros” (1999), sostiene que tanto en el contenido como en la composición textuales, y “desde un punto de vista estructural, el motivo de la casa es el que controla toda la obra” (156). Perles le adjudica múltiples sentidos o valores a ese motivo: está el de la casa como cárcel femenina (160-161), y el de la casa como espacio que contiene “los implementos materiales que según el *American Dream* deben codiciar todos los inmigrantes” (161). Respecto de las cuestiones de género, y ahora condiciéndose en cierta medida con Beltrán-Vocal, Perles plantea el interesante hecho de que si bien la protagonista de *The house on Mango Street* es “una reformulación del ser tradicional del patriarcado, de ese yo ciego a las necesidades de autoexpresión de las mujeres” (159), de todas formas la niña por momentos “desarrolla [...] estrategias contestatarias que reproducen los modelos masculinos de opresión” (158). El planteamiento de ese hecho resulta sumamente significativo para la presente investigación, en la que a las protagonistas de las novelas de Cisneros y de Kincaid se las concibe vacilantes entre acatar o desacatar las aptitudes sexistas de quienes las rodean. Otra acotación con cariz similar de Perles resulta igualmente relevante para la presente investigación; según la acotación en cuestión, Esperanza está “desgarrada entre dos mundos, el anglo y el chicano [,] que llenan de tensiones semánticas la vida interior de la

protagonista” (159). En los análisis a realizarse más adelante, se intentará dar sentido a ese desgarramiento.

Por otra parte, ahora, en “Jamaica Kincaid’s *Lucy* and the aesthetics of disidentification” (2007), Majerol propone que la protagonista de *Lucy* encarna “an artist figure of “disidentification” who creates an alternate form of aesthetics borne out of the contradictions inherent in the attempt to assimilate such a subject into a larger narrative of progress or development” (18). A juicio de Majerol, la protagonista de la novela de Kincaid está, a todo lo largo de su historia, imbuida por un sentimiento de “disidentification[: a] sense of “skin-doesn’t-fit-ness” [...] which ultimately enables [her] to create a specific brand of aesthetic expression” (18). Majerol opina que Lucy se sabe no representada —o, lo que quizá es aún peor, mal representada— por la gente con quien trata (sobre todo por su empleadora Mariah) y la producción artística e intelectual que esa gente crea, consume y celebra (23); ante esto, Lucy “must become the artist-subject of disidentification that can express that elusive aesthetic [...] of her own life that [is] at once more simple and more complex than the universalizing forms which have attempted to include her [...] only to futher exclude her” (23). Majerol, además, insiste en la naturaleza contradictoria de las relaciones que la protagonista forja con el resto de los personajes; esa naturaleza contradictoria es ilustrada especialmente por el vínculo entre Lucy y su empleadora Mariah, acerca del cual Majerol dice: “Mariah’s benevolence and kindness seem to be appreciated by Lucy in the same degree as they are scorned” (19). Mediante el vínculo Lucy-Mariah, entonces, zanja Majerol, Kincaid y su novela se muestran “interested in complicating the monolithic category of “Woman”, a category which has been the source of much debate in postcolonial feminist literature” (18), y que en la presente investigación se someterá, además, al debate decolonial.

Como Majerol, Stecher trata lo estético, pero refiriéndose a la cuestión de la migrancia y las taxonomías que en torno a ella ha instituido la crítica literaria. En “Entre “los placeres del exilio” y los descontentos de la migración: *Lucy*, novela de Jamaica Kincaid” (2010), Stecher empieza destacando la importancia de la distancia entre el autor migrante o exiliado y su lugar de origen (181). Luego repasa escuetamente las clasificaciones generacionales, estilísticas y estéticas en virtud de las cuales se ha ordenado la literatura caribeña migrante contemporánea (181-183). A juicio de Stecher, *Lucy* se halla a medio camino entre las estéticas del exilio y del migrante (184); esta producción de Kincaid, agrega, “puede ser leída como una “novela de formación del artista” —Künstlerroman—” (184), lo cual conlleva abordar el texto atendiendo a la cuestión de la diferencia de sexo/género, esto es, a conciencia de que tradicionalmente “el mundo de los artistas es básicamente masculino, [lo cual] no le impide [a Lucy] decidir que quiere ser una de ellos” (190). Stecher, asimismo, señala la revisión que Lucy hace de su presente a propósito de su pasado (185); mediante este gesto revisionista, explica, la protagonista de la novela da cuenta de su condición de migrante (186). Con todo, Stecher no profundiza demasiado en el análisis de esa condición (da de ella, eso sí, algunos ejemplos pertinentes); antes bien, se vale de la noción de “migrancia” para reflexionar acerca de qué clasificaciones estéticas corresponden a la novela.

Bernal, en tanto, en “Configuración de la identidad en *Lucy* de Jamaica Kincaid” (2007), analiza el “arduo proceso de constitución identitaria” (5) atravesado por Lucy a lo largo de la narración de Kincaid. Bernal sustenta su análisis en los conceptos de identidad (7), memoria (10) e interseccionalidad (11). La interseccionalidad, perspectiva epistemológica y metodológica crucial para la presente investigación, figura en la tesis de Bernal para dar cuenta de que “las categorías sociales [...] como género, clase o nación [...] cumplen un rol fundamental [...] pues

[...] las relaciones que se dan en la intersección de esas categorías [...] sitúan a los sujetos en posiciones específicas” (12). Sin embargo, en las conclusiones de su tesis, Bernal declara que la raza “no [es] una temática que [esté] desarrollada en la novela más allá de un par de referencias” (46). Semejante declaración es, en lo que concierne a la presente investigación, inadmisibles. De hecho, a los análisis a realizarse más adelante subyace la premisa de que Kincaid, en *Lucy*, problematiza profundamente la cuestión racial, si bien muchas veces a lo largo de su narración se vale de implicancias o referencias textuales sutiles, las cuales pueden dar la engañosa impresión de un desarrollo superficial.

Finalmente, en “Undocumented homes: histories of dislocation in immigrant fiction” (2017), Fraiman se enfoca en las representaciones literarias de la domesticidad y el espacio del hogar del inmigrante en *The house on Mango Street* y *Lucy*⁵. Su meta es sacar a la luz dos cosas: “the particularity and special precariousness of immigrant households, along with the larger point that to varying degrees, all homes are continuously in flux” (121). Fraiman no admite las “naturalized notions of home as inert and one-dimensional” (123); en cambio, sugiere concebir “the domestic as a site of change and complexity” (23). Esto se exagera en el caso del sujeto inmigrante; piénsese en la protagonista de la novela de Cisneros y en “the instability and hybridity of [her] home life” (Fraiman 125); asimismo, piénsese en la protagonista de Kincaid y en los pasajes de su historia que hacen eco de “the long history of black women —as slaves and servants, imported and native born— working under white roofs” (Fraiman 144). (Incidentalmente, nótese cómo este último comentario de Fraiman rebate la impresión de Bernal de un desarrollo pobre de la cuestión racial en *Lucy*).

⁵ Además de estas, Fraiman incluye en su análisis la novela *Blu's Hanging* (1997) de Lois-Ann Yamanaka. Nada de lo que Fraiman dice sobre ella se consigna aquí, pues es irrelevante para la presente investigación.

Teniendo en cuenta, entonces, los siete estudios revisados hasta este punto, se plantea que lo que distingue de estos a la presente investigación es, ante todo, el material teórico-crítico que la sustenta, y el campo epistemológico en que se sitúa, esto es, el del feminismo decolonial. Se sostiene, en otras palabras, que el entramado de fuentes teórico-críticas urdido para llevar a cabo la presente investigación permite otras interpretaciones de las novelas de Cisneros y de Kincaid, de las problemáticas del género y la in/migrancia, y de las escisiones existenciales y las opresiones que tales problemáticas les reportan a las protagonistas de las novelas en cuestión. Algunos ejemplos: donde McCracken nota la colusión entre sexismo, clasismo y racismo, y donde Beltrán-Vocal informa que el machismo es una tendencia común a los sujetos hispánicos y no-hispánicos, aquí se recurre a Quijano (1992) y Lugones (2008) para develar la raíz y el talante colonial de esa colusión de regímenes y de esa tendencia opresiva. Donde Perles señala la inculcación del *American Dream* en la conciencia del migrante, aquí se recurre a Mignolo (2007) para develar, subyaciendo a esa inculcación, el trabajo conjunto de una lógica colonial y una retórica moderna. Donde Majerol comenta la mala o nula representación de las subjetividades de color, aquí se recurre a Spivak (2009) y otra vez a Lugones (2008) para reinterpretar esas representaciones defectuosas como actos de silenciamiento, ventriloquismo, e invisibilización por parte de las subjetividades privilegiadas. Donde Stecher se vale de la noción de migrancia para (principalmente) determinar taxonomías literarias, aquí se recurre a Trigo (2000) y Braidotti (2000) para reflexionar en torno a la polarización espacio-temporal que trae consigo la experiencia migrante y a la posibilidad de gestionar esas polarizaciones desarrollando una conciencia nómada. En suma, al alero de las fuentes epistemológicas y metodológicas que la sustentan, esta investigación analiza el cariz ambivalente de las negociaciones mediante las cuales subsiste la subjetividad in/migrante de color, evidencia el talante colonial de las

opresiones que subalternizan a esa subjetividad, y rescata las alternativas decoloniales que el feminismo ofrece para gestionar esa subalternización.

3. Marco teórico

Como ya ha sido estipulado, esta investigación enfoca, en un corpus compuesto por las novelas cortas *The house on Mango Street* (1984) de Sandra Cisneros y *Lucy* (1990) de Jamaica Kincaid, las representaciones literarias de las negociaciones mediante las cuales se constituye y subsiste un tipo de subjetividad específico, a saber, el de la mujer in/migrante de color. Las protagonistas de las novelas en cuestión —la niña Esperanza de Cisneros y la joven Lucy de Kincaid— encarnan ese tipo de subjetividad; como todas, las suyas se forman por relacionamiento y diferenciación (Mouffe 6), al propender las subjetividades, alternada o simultáneamente, a *afiliarse a* (a consentir) o a *desafiliarse de* (a disentir).

3.1. In/migrancia y nomadismo

Justamente, en “Migrancia: memoria: modernidad” (2000), Trigo elucida las propensiones conflictuadas inherentes a la experiencia de la in/migrancia, las cuales dan cuenta de la escisión y el estancamiento del in/migrante entre sus espacio-tiempos: el *allá-entonces* y el *aquí-ahora* (274). La subjetividad in/migrante, explica Trigo, “individual y social, se constituye en la intersección del tiempo y el espacio, no en tanto categorías abstractas, sino materializadas en la praxis social (*aquí-ahora*) y en el ejercicio de la memoria (*entonces-allá*)” (278). Trigo, además, establece la diferencia entre migrante e inmigrante: “mientras el inmigrante —dice— procura asimilarse, aunque no siempre lo logre, el migrante [...] es inasimilable. Puede adaptarse, nunca asimilarse” (276). Semejante diferenciación permitirá, en el curso de esta investigación, controvertir el tipo de subjetividad en el que se subsumen Lucy y Esperanza, pues se verá que por momentos, y dependiendo de factores tanto exógenos (situacionales) como endógenos (anímicos), a una calza mejor la etiqueta de migrante y a otra la de inmigrante, y viceversa.

A modo de complemento de la conceptualización de la experiencia in/migrante de Trigo, se presenta la conceptualización de la experiencia nómada planteada por Braidotti en “Por la senda del nomadismo” (2000). Braidotti sugiere entender el nomadismo, primero, por lo que no es: “fluidez sin fronteras” (77), y luego, por lo que puede ser: “una aguda conciencia de no fijación de límites. [...] [un] intenso deseo de continuar irrumpiendo, transgrediendo” (78). A Esperanza y Lucy, escindidas y estancadas entre sus *allá-entonces* (que intentan y no logran superar) y sus *aquí-ahora* (largamente idealizados pero finalmente desilusionantes), la opción de transgredir, que no es sino, dice Braidotti, la de desarrollar una conciencia nómada como “forma de resistencia política a las visiones hegemónicas y excluyentes de la subjetividad” (59), se les presenta fuertemente prometedora. Esto se debe a que, si bien el *allá-entonces* y el *aquí-ahora* difieren bastante, al cabo coinciden en estar imbuidos, cada cual a su modo, de múltiples regímenes de opresión, ante los cuales la conciencia crítica inherente al nomadismo se resiste (Braidotti 31). Respecto específicamente de la opresión sexista —plasmada con franco y justo ahínco de reproche en las narraciones de Cisneros y Kincaid—, el nomadismo de Braidotti garantiza “un estilo de pensamiento que evoca y expresa salidas alternativas a la visión falocéntrica del sujeto” (26). Ahora bien, Braidotti en absoluto concibe el género en calidad de rótulo totalizador; su nomadismo, por tanto, ve en “el sujeto “mujer” no [...] una esencia monolítica definida de una vez y para siempre, sino [...] más bien el sitio de un conjunto de experiencias múltiples, complejas y potencialmente contradictorias” (31). Lo que Esperanza y Lucy sacan en limpio de sus vivencias tiene ciertamente el cariz de lo contradictorio (lo ambivalente); con ello en mente, en el curso de esta investigación se verá cuán capacitadas y dispuestas (dadas sus idealizaciones) y cuán incapacitadas e indispuestas (dadas sus realidades) se hallan Esperanza y Lucy ante el prospecto de predicar y practicar una vida nómada.

3.2. Regímenes de opresión modernos/coloniales

Como ya se ha señalado, la ambivalencia de la in/migrante de color respecto de sus espacio-tiempos se complejiza al hallarse estos imbuidos por diversos regímenes de opresión. Tales regímenes, explica Quijano en “Colonialidad y modernidad/racionalidad” (1992), remontan a (fueron instaurados en) la época de la conquista del Nuevo Mundo (11), y “[l]os dominadores europeos “occidentales” y sus descendientes euro-norteamericanos, son todavía [sus] principales beneficiarios” (11). Dicho de otra forma:

[L]a estructura colonial de poder produjo las discriminaciones sociales que posteriormente fueron codificadas como “raciales” [...]. Estas construcciones intersubjetivas [...] fueron inclusive asumidas como categorías (de pretensión “científica” y “objetiva”) de significación ahistórica, es decir, como fenómenos naturales y no de la historia del poder. [Esto] fue y todavía es el marco dentro del cual operan las otras relaciones sociales, de tipo clasista y estamental. (Quijano 12)

Con esto, Quijano quiere decir que incluso si el colonialismo se considera clausurado (14), “[l]a colonialidad [...] es aún el modo más general de dominación en el mundo actual” (14). En pocas palabras, Quijano acusa la eternización de lo que él llama la “colonialidad del poder” (19), a saber, el “poder global que [todavía hoy] articula todo el planeta”, ejecutándose en favor de quienes se subsumen en las tradicionales (aunque actualizadas) élites occidentales, y en detrimento de quienes, como Esperanza y Lucy, descienden de los grupos humanos que antaño fueron castigados por el colonialismo. (“[E]s imposible no ver —apunta Quijano— que la vasta mayoría de los [actualmente] explotados [...] son exactamente los miembros de las “razas”, de las “etnias”, o de las “naciones” en que fueron categorizadas las poblaciones colonizadas” (12)). Esta investigación se fijará, justamente, en cómo el tipo de subjetividad personificado por Esperanza y Lucy evidencia haber heredado el estigma ideológico de la discriminación colonial, y en cómo ese estigma se concretiza de maneras que parecen menos brutales en la praxis social

del presente que en la praxis social del pasado, si bien, de hecho, solo son menos evidentes o, lo mismo, más sofisticadas.

Compatible con la postura de Quijano se presenta la de Mignolo, quien, en *La idea de América Latina* (2007), ve en la colonialidad y en la modernidad, respectivamente, el reverso y el anverso de una misma moneda (32). La modernidad, el anverso, la cara expuesta, comporta —es—, según Mignolo, el “discurso de la salvación, el progreso, la modernización y el bien común” (32), cuya lógica subyacente, reverso, o cara oculta, es la colonialidad (32). La conflictiva naturaleza de la vinculación entre modernidad y colonialidad se considerará, en el curso de esta investigación, ligada a la omnipresente ambivalencia existencial que plaga las vidas de Esperanza y Lucy; en ambas sujetas, la manía de negociar la propia subsistencia se tomará como un síntoma interpretable a la luz de la siguiente declaración, cuyo peso es, además, el de una advertencia: “el progreso de la modernidad va de la mano con la violencia de la colonialidad” (Mignolo 36). En los análisis implicados en el presente trabajo, esta declaración permitirá vislumbrar a Esperanza y Lucy en vilo entre las promesas de la modernidad (que engendran expectativas) y las crueldades de la colonialidad (que engendran desilusiones); también, aunque aludiendo a una cuestión más puntual, la declaración en cuestión ilustrará cuán determinados por “la retórica de la modernidad [...] y la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36) están el género y el sexo, y cómo aquellas tornan a estos en regímenes de opresión.

3.3. Mujeres de color e interseccionalidad

La cuestión del género como régimen de opresión moderno/colonial se revisa en “Colonialidad y Género” (2008), de Lugones, quien empieza tematizando y denunciando “la violencia que sistemáticamente se infringe sobre las mujeres de color: mujeres no blancas;

mujeres víctimas de la colonialidad del poder e, inseparablemente, de la colonialidad del género” (75). Ligada a esta declaración, Lugones ofrece la siguiente aclaración conceptual:

[U]tilizo el término mujeres de color, originado en los Estado Unidos por mujeres víctimas de la dominación racial, como un término coalicional en contra de las opresiones múltiples. No se trata simplemente de un marcador racial [...], sino de un movimiento solidario horizontal. [...]. [N]o apunta a una identidad que separa, sino a una coalición orgánica entre mujeres indígenas, mestizas, mulatas, negras: [...] toda la trama compleja de víctimas de la colonialidad del género. (75)

Junto al entendimiento de la colonialidad del género como un organizador social en virtud del constructo del género, de imposición colonial, vigencia actual (Lugones 93) y en colusión con el resto de los regímenes de opresión contemporáneos (Cubillos 124), la conceptualización de la mujer de color resulta apta para englobar las subjetividades de Esperanza (que es chicana) y de Lucy (que es afroantillana), sin velar con ello sus respectivas particularidades, sino que destacando que ambas, en su común cualidad de mujeres de color, son victimizadas por el patriarcado de una manera distinta a la que lo son las mujeres blancas. Ante esto, Lugones trabaja desde la perspectiva feminista de la interseccionalidad, que “revela —dice— lo que no se ve cuando categorías como género y raza se conceptualizan como separadas unas de otras” (81). Lo que no se ve es precisamente el tipo de subjetividad que protagoniza las narraciones de Cisneros y Kincaid y se enfoca en esta investigación; su invisibilización ocurre, según Lugones, por pensar/visualizar las categorías modernas/coloniales en virtud de sus defaults normativizados (82); de tal forma, al pensar a la mujer, se visualiza a la mujer burguesa blanca heterosexual; al pensar al hombre, se visualiza al hombre burgués blanco heterosexual; al pensar al negro, se visualiza al hombre negro heterosexual, etcétera (82), y la subjetividad heterogénea de la mujer de color, zanja Lugones, no llega a pensarse/visualizarse,

porque “[s]olo al percibir género y raza como entramados o fusionados indisolublemente, podemos ver a las mujeres de color” (82).

Los análisis implicado en esta investigación, así, estarán necesariamente determinados por una toma de conciencia de lo interseccional. Consecuentemente, se tratarán los dilemas existenciales de Esperanza y Lucy a sabiendas de que, como se ha venido diciendo, “la opresión de género no puede ser homogeneizada (universalizada) ni aislada de otros sistemas de opresión. No puede obviarse cómo la raza, la clase y la sexualidad se imbrican con el género” (Cubillos 125). Atendiendo a esto se elucidará, por ejemplo, la animadversión como una constante rara vez evitable en las relaciones que Esperanza y Lucy forjan con las mujeres de sus respectivos entornos, pues compartir con otras sujetas la condición de género no les basta para ponerse en pie de igualdad con ellas y, de hecho, puede poner a las partes en pie de guerra si alguna invisibiliza, de buena o mala fe, el resto de los aspectos que las diferencian.

3.4. Subalternidad

Hay afinidad entre la tematización de la invisibilización de Lugones y la tematización del silenciamiento de Spivak; esta, en *¿Pueden hablar los subalternos?* (2009), recalca la inutilidad de la “inclusión positivista de una colectividad monolítica de “mujeres” en el listado de los oprimidos, cuya subjetividad no fracturada les permite hablar por sí mismas contra “un mismo sistema” igualmente monolítico” (61). Pues no sirve, para Spivak, hablar de colectividad monolítica, cuando la subalternidad “es irremediamente heterogéne[a]” (74), ni sirve hablar de hablar por sí mismas, cuando, en la narrativa de “Occidente como Sujeto” (43), no es la subjetividad en condición de subalternidad la que habla, sino por ella, en su nombre, la subjetividad en condición de hegemonía —el intelectual occidental, por ejemplo—, mediante una suerte de ventriloquismo (53). Con todo, indica Spivak, si bien el acto de ventriloquismo es

ciertamente atribuible a la élite integrada por el hombre y la mujer no comunes —“el filósofo contemporáneo de la práctica, y [...] la entusiasta metropolitana de la “resistencia del Tercer Mundo”” (60)—, no cabe eximir de la legitimación tácita del acto en cuestión a la población no especialista, “para quien la episteme lleva a cabo su función programadora en silencio” (69). Por lo demás, Asensi, en las notas al pie del texto de Spivak, remite al sentido de la pregunta con que la autora titula su texto: “el subalterno —explica— no puede hablar en el sentido de que no puede ser oído, reconocido, comprendido” (72)⁶.

Del develamiento que hace Spivak de la estrategia hegemónica del ventriloquismo, y de notar cómo esa estrategia se inscribe en los regímenes de opresión tematizados por el resto de los autores aquí revisados, se saca en limpio (no como una conclusión, sino como una noción que movilizará esta investigación) que la subalternidad no debe jamás concebirse como un estado congénito. Más bien, puede servir como un término reivindicador de una condición no natural, no casual, no accidental, sino que determinada por las circunstancias y, ante todo, por los hacedores de las circunstancias: las subjetividades en posición de privilegio (“Occidente como Sujeto” (43), en palabras de Spivak). En esto último vale la pena insistir: los unos hacen de los otros subalternos. Así, al cabo, a lo largo de esta investigación se mostrará —recurriendo al material teórico-crítico revisado hasta este punto, y asimismo a material complementario— que Esperanza y Lucy, perpetuamente divididas entre sus anhelos de pertenecer y liberarse, seducidas por el glamor de lo moderno y traicionadas por el sedimento de lo colonial en lo contemporáneo (Mignolo 2007, Quijano 1992), castigadas por su heterogeneidad con invisibilizaciones (Lugones 2008) y silenciamientos (Spivak 2009), devienen oprimidas y negocian ese devenir, unas veces

⁶ Antes, en el prólogo al mismo texto de Spivak, Asensi se ha referido a ese “no poder hablar”: “uno predica en el desierto —dice—. No poder hablar significa que no hay un emisor ahí [...] para hacerte caso” (30).

cediendo a él, otras veces infringiéndolo y, las más de las veces, suspendiéndose, ambivalentes, entre ambas opciones.

4. Capítulo 1: Las escisiones y negociaciones de la in/migrante

La tematización de la in/migrancia (Trigo 2000) permite atender a las negociaciones mediante las cuales se constituye y subsiste un tipo de subjetividad específico, a saber, el de la in/migrante de color arribada a la entidad geopolítica de primacía ideológica blanca de los Estados Unidos. Esta subjetividad se halla representada literariamente en *The house on Mango Street* de Sandra Cisneros y en *Lucy* de Jamaica Kincaid. Más puntualmente, la tematización de la in/migrancia permite dar cuenta de la polarización existencial entre pasado y presente que a las referidas subjetividades les reporta el acto de in/migrar (Trigo 274), y asimismo de la disposición asimilativa o la capacidad adaptativa que muestran respecto de los repertorios ideológicos imperantes en la entidad a la que migran (Trigo 276).

4.1. Entre el *allá-entonces* y el *aquí-ahora*

Relatos similares de un mismo hito inauguran las tramas de las novelas en cuestión. Ese hito es la llegada, a partir de la cual la niña Esperanza, protagonista de la novela de Cisneros, y la joven Lucy, protagonista de la novela de Kincaid, encauzan sus respectivas narraciones y dan cuenta por primera vez de su común condición de sujetas in/migrantes. Esta condición se insinúa y se explicita igualmente en pasajes posteriores de las antedichas narraciones, pero es el pasaje de la llegada —a un nuevo país, en el caso de Lucy, y a un nuevo barrio, en el caso de Esperanza— el que cobra para ambas protagonistas la gravedad de un hito, y no la de un mero suceso, pues las escinde espaciotemporalmente entre lo precedente y lo consecuente a ella, o, en palabras de Trigo, entre el *allá-entonces* y el *aquí-ahora* (274).

“We didn’t always live on Mango Street” (Cisneros 3), señala Esperanza al iniciar el relato de su llegada a su nuevo barrio, y de inmediato agrega: “Before that we lived on Loomis [...], and before that we lived on Keeler. Before Keeler it was Paulina, and before that I can’t

remember. But what I remember most is moving a lot” (Cisneros 3). Esta declaración, a la par directa y acumulativa, permite correlacionar la calle Mango con el *aquí-ahora*, y Loomis y el resto de los sitios listados con el *allá-entonces*. Ahora bien, lo esencial de este *allá-entonces* está menos en esos sitios listados, y más en lo que se comunica al listarlos acumulativamente, a saber, la implicancia de que esos sitios son solo algunos entre muchos otros, y la impresión general de “moving a lot” (Cisneros 3), de una constante itinerancia. Esperanza indica luego: “The house on Mango Street is ours [...]. But [...] is not the house we’d though we’d get” (Cisneros 3), y está, con esta indicación, dando el primer indicio de su descontento con su nuevo *aquí-ahora*. Sus padres, explica, “always told us [a ella y sus hermanos] that one day we would move into a [...] real house that would be ours for always [...]. And [it] would have running water [...]. And inside it would have real stairs [...] like the houses on T.V.” (Cisneros 4). El *allá-entonces* de la niña, de esta forma, se revela como un espaciotiempo de itinerancia y, además, de inculcación de idealizaciones que en retrospectiva resultan infundadas, pues si bien Esperanza y su familia consiguen asentarse (es decir, superar su itinerancia) al arribar al *aquí-ahora*, este, por lo demás, opina la niña, no ofrece mucho más. Esta opinión se elucida de los términos con los cuales la niña enjuicia su recién adquirida vivienda; esta “[i]t’s small [...]. Bricks are crumbling in places [...]. There is not front yard [...]. [There] is a small garage for the car we don’t own yet [...] and [...] only one washroom. Everybody has to share a bedroom” (Cisneros 4). Esta desfavorable descripción de los aspectos materiales de la vivienda puede resumirse con los calificativos “precario” y “pobre”, que Esperanza no utiliza pero que claramente la obsesionan. “I had to have a house. [...]. One I could point to” (Cisneros 5), ha decidido poco tiempo antes de salir de su *allá-entonces*, luego de que una monja de su colegio la humillara al menospreciar su mal agestado apartamento de Loomis; “[b]ut [...] [t]he house on Mango Street —tan menospreciable,

se lamenta Esperanza, como aquel apartamento— isn't it” (Cisneros 5): tampoco se la puede apuntar con orgullo y sin vergüenza. Esperanza, así, sorteando el hito de su llegada, y el período de tiempo inmediato a ella, manifestándose en disenso respecto de los dos espaciotiempos en que se escinde, o, en otras palabras, renuente a afiliarse tanto a su *allá-entonces* de la perpetua transitoriedad, la humillación y las falsas ilusiones, como a su *aquí-ahora* de la precariedad y las amargas desilusiones.

Otro tanto le ocurre a Lucy, cuyo relato de su llegada a su nuevo hogar está prologado por sus apreciaciones acerca del entorno urbano que alcanza a distinguir, durante el trayecto desde el aeropuerto hasta el piso en el que ha de alojarse y trabajar (Kincaid 5). Varios de los sitios que conforman ese entorno urbano, cuenta, solían figurar enaltecidos en su imaginación (Kincaid 5); empero, rectifica, “[a]hora que los tenía ante mí, parecían sitios corrientes, sucios, desgastados por la multitud de personas que entraban y salían de ellos en la vida real” (Kincaid 5). Así, del mismo modo que el *aquí-ahora* de Esperanza, el de Lucy empieza a revelarse decepcionante cuando se lo compara y contrasta con las expectativas cultivadas en el *allá-entonces*; según estas, “con el simple acto de salir de [su] país y mudar[se] a un sitio nuevo [Lucy] pod[r]ía dejar atrás [sus] pensamientos y sentimientos tristes, [su] descontento general con la vida tal como se presentaba ante [sus] ojos” (Kincaid 7). Nada de lo cual parece estar cumpliéndose o estar por cumplirse; en efecto, la incipiente desilusión que Lucy experimenta de camino a su nuevo hogar solo se ratifica y asienta una vez arriba a él. Ciertamente, la experiencia de arribar tiene sus momentos rescatables: “subir en ascensor, estar en un piso, comer comida del día anterior sacada de una nevera” (Kincaid 6) son, opina la joven, agradables peculiaridades del *aquí-ahora*. Otras peculiaridades, por el contrario, como un clima a la vez soleado y helado, del tipo que ella jamás experimentó o previó antes (Kincaid 6), tornan al *aquí-ahora* extraño y digno de recelo, y a ella

la tornan, a su pesar, renuente a desafilarse de su *allá-entonces*. Este apego renuente a su pasado la incomoda y la ofusca consigo misma: “me sorprendían —cavila— mis deseos de volver al sitio de donde venía, [...] de estar con gente cuyos gestos más nimios y naturales solían despertar en mí tal furia que ansiaba verlos muertos a mis pies” (Kincaid 7). Entre esta gente, destaca la madre de Lucy, pues el despótico amor de aquella es para esta “una carga” (Kincaid 25). Con todo, la conflictiva añoranza de la joven por su *allá-entonces* se funda en el importantísimo mérito que le reconoce al medirlo con el extraño *aquí-ahora*: donde este es desconcertante, aquel es “familiar y predecible” (Kincaid 6), Lucy “[l]o comprendía, allí sabía a qué atener[se]” (Kincaid 7). Pronto, sin embargo, el mérito de la familiaridad empieza a devaluarse, una vez que el *aquí-ahora* se vuelve desconcertante de maneras atractivas; por ejemplo, la familia que aloja y emplea a Lucy —compuesta por Mariah, Lewis y las cuatro hijas de ambos— le muestra a la joven auténtica gentileza (“¡qué bien se portaban todos conmigo!” (Kincaid 8), se admira ella); las costumbres de la familia, además, están libres de la severidad que Lucy asocia con sus propios padres, su crianza y su educación (Kincaid 11) (Lewis, Mariah y sus hijas, se admira otra vez, “cre[en] en un Dios al que no hay que agradecerle algo a cada paso” (Kincaid 11)). Lucy, así, sortea el hito de su llegada, y el período de tiempo inmediato a ella, manifestándose en cauto consenso respecto de los dos espaciotiempos en que se escinde, o, en otras palabras, renuente a desafilarse terminantemente tanto de su *allá-entonces* rígido pero bien conocido, como de su *aquí-ahora* curioso pero aún prometedor.

Arribar a nuevos espaciotiempos, y en consecuencia escindir-se existencialmente entre los polos del pasado y del presente, conflictúa las nociones de pertenencia de Esperanza y de Lucy. En los lapsos tempranos de sus experiencias como sujetas in/migrantes, así, y confrontadas con el solapamiento de sus realidades pretéritas en sus realidades efectivas, la niña, por un lado, se

niega a asirse a ninguna, y la joven, por otro lado, se niega a soltarse de ambas. Esta y aquella coinciden, en todo caso, en hallarse desengañadas: sus *aquí-ahora*, largamente idealizados, han resultado en mayor o menor medida decepcionantes (si bien al manifestarse al respecto Esperanza lo hace con rotundidad y Lucy con cierta resignación y, aun, con cierta curiosidad), y sus *allá-entonces* han resultado inescapables por obsesionantes, por cuán inevitable resulta evocarlos, siquiera para renegar (con rabia, en el caso de Esperanza, y con rabia mezclada con renuente añoranza, en el caso de Lucy) de ellos.

4.2. Entre la asimilación, la adaptación y el nomadismo

Luego de franquear las fases tempranas de sus nuevas realidades, Esperanza y Lucy reinciden en gestionar sus *aquí-ahora* en virtud de sus *allá-entonces*, esto es, en negociar sus subsistencias acoplando “la praxis social [...] y [...] el ejercicio de la memoria” (Trigo 278). Dicho de otra forma, en lo que resta de sus respectivos relatos, ambas protagonistas continúan, de grado o por fuerza, interpretando y resignificando sus espaciotiempos presentes a la luz de sus espaciotiempos pasados, evocando experiencias de estos para lidiar con las circunstancias de aquellos. Y precisamente de cómo la niña y la joven lidian se elucida si son subjetividades en migrancia o en inmigración, pues mientras el “inmigrante [...] se asimila a la sociedad anfitriona [y] a la interpelación del imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276), el migrante, por su parte, “es inasimilable. Puede adaptarse, nunca asimilarse” (Trigo 276). La sociedad anfitriona en cuestión es, recuérdese, en ambos relatos, la de los Estados Unidos, un país que “nunca ha sido [...] blanco, aunque durante mucho tiempo ha servido a lo que los hombres blancos definieron como sus propios intereses” (Rich 46), lo cual solo dificulta las subsistencias de Esperanza y de Lucy, que son in/migrantes de color.

Hay, por cierto, tal como se dijo al comienzo del capítulo, varios pasajes en los relatos de Esperanza y de Lucy que insinúan y explicitan la común condición in/migrante de ambas. Así, por una parte, el arribo de Lucy al piso de sus empleadores se explica como la culminación de un traslado internacional cuyo punto geográfico de partida es el Caribe y, más específicamente, las Antillas (Kincaid 46). Por otra parte, el arribo de Esperanza a su nueva vivienda en la calle Mango se explica como la culminación de un traslado intra-nacional cuyo punto geográfico de partida es Loomis, “far away, on the other side of town” (Cisneros 4), punto al que, además, anteceden otros como Keeler, Paulina, y el resto de los sitios que Esperanza ha habitado temporalmente y es incapaz de enumerar (Cisneros 3). Entre estos, *debe* contarse a México. La raigambre mexicana de Esperanza se advierte en su nombre hispánico, herencia de su bisabuela mexicana (Cisneros 10), y en la directa estipulación textual de que su padre es oriundo de México (Cisneros 56, 77). Empero, si Esperanza es asimismo nativa de este país, o si alguna vez lo ha visitado, no se estipula directamente en su relato. Independientemente de lo cual, México es evocado una y otra vez en el *aquí-ahora* de la niña. “One day —cuenta esta— we [ella, su hermana y un par de amigas] were passing a house that looked, in my mind, like houses I had seen in Mexico. I don’t know why. There was nothing about [it] that looked exactly like the houses I remembered” (Cisneros 17-18). De esta declaración resulta factible elucidar que Esperanza necesariamente ha debido habitar en México, siquiera brevemente y quizá siendo muy joven, para formarse y traerse consigo a su *aquí-ahora* el recuerdo de cómo lucen las casas mexicanas. Pero también resulta factible concebir este recuerdo como una impronta mental y afectiva sacada en limpio de una memoria transmitida familiarmente, de los padres a los hijos. El recuerdo en cuestión sería, en ese sentido, un legado filial, un referente que no es tan factual como sí es figurativo y emocional, a propósito del cual Esperanza ratifica, lo quiera o no, su

pertenencia racial a la mexicanidad y se constituye como una in/migrante chicana: de ascendencia mexicana y radicada, junto a su familia, en un barrio de color en los Estados Unidos. México, entonces, menos como un lugar físico y más como la idea de este lugar, *debe* contarse entre las partes que conforman el *allá-entonces* de Esperanza, pues, igual que Loomis, Keeler, Paulina y etcétera, condiciona el pensar y el hacer de la niña en su actual entorno.

En este entorno actual, Esperanza tiende inicialmente a consentir o asimilarse “a la interpelación del imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276) norteamericano y, por lo tanto, a constituirse como una sujeta inmigrante (Trigo 276). Los factores propiciadores de su asimilación son, ante todo, de índole ideológico-racial: Esperanza es sometida a discursos racistas y es asimismo confinada a una zona negativamente racializada. Los discursos racistas, por un lado, determinan y dramatizan su autopercepción; la conminan, por ejemplo, a poner su propio nombre en entredicho: “In English my name means hope” (Cisneros 10), razona primero, y después sopesa: “In Spanish it mean too many letters. It means sadness, it mean waiting” (Cisneros 10); significa, en suma, eso que ella más aborrece de su espaciotiempo actual: el amargo estancamiento. Además, en el ámbito institucional de la escuela, ese nombre la singulariza al extremo de avergonzarla; allí, cuenta, “they say my name funny as if the syllabes were made out of tin and hurt the roof of your mouth” (Cisneros 11). Esperanza, de esta forma, es conminada a concebir su nombre hispánico como un estigma de alienación y, buscando desalienarse, se idealiza rebautizada (Cisneros 11). Consecuentemente, se asimila, aunque no al ámbito institucional de la escuela en sí (allí es una afuerina no tanto por su nombre como por lo que este acusa y al cabo es inocultable, incluso ensayando un cambio de nombre: su ascendencia), sino al discurso racista que en este ámbito se pregona, tornándose, paradójicamente, una condonante de su propia alienación. Por otro lado, el tipo de asimilación

que le significa su confinamiento en la zona negativamente racializada del barrio deriva de un extremo miramiento del color de piel de los sujetos y sienta una distinción entre los miembros locales del barrio y los afuerinos. Entrando a Mango, señala Esperanza, los afuerinos “come into [it] scared. They think we’re dangerous. They think we will attack them with shiny knives” (Cisneros 28). A la vez, saliendo de Mango, los locales, ella incluida, “drive into a neighborhood of another color and our knees go shakity-shake and our car windows get rolled up tight and our eyes look straight” (Cisneros 28). La asimilación al barrio se traduce, en suma, en un hondo miedo a la diferencia racial físicamente rastreada, y en una inclusión exacerbada (y por eso negativa) de los locales a su zona respectiva, todo lo cual Esperanza sintetiza al afirmar: “All brown all around, we are safe” (Cisneros 28). Su afirmación tiene algo de ominosa: “estamos a salvo” dice, sugiriendo que si su máxima se violara, ya no lo estarían.

Con todo, y aunque las prédicas y las prácticas de su *aquí-ahora* la compelen principalmente a asimilarse, en algunos pasajes de su relato Esperanza se muestra dispuesta, o al menos no categóricamente indispuesta, a adaptarse y, por lo tanto, a constituirse como una sujeta migrante (Trigo 276). Su progresiva adaptación deviene de los vínculos afectivos que, primero a su pesar y luego adrede, establece con su entorno, los cuales a su vez devienen de su relacionamiento con otras niñas y jóvenes de color del barrio. De tal forma, en su día a día y acompañada de su hermana Nenny y de sus amigas Rachel y Lucy, Esperanza se halla experimentando, casi incidentalmente, su pertenencia a la calle Mango menos como un confinamiento a un sector negativamente racializado y más como una chance venturosa de jugar y crecer (Cisneros 14-16, 35-38), lo cual la capacita, más tarde, para reevaluar y resignificar su inicial deseo de desafilarse de su pasado y de su presente. Así, por ejemplo, de una conversación con su joven vecina Alicia, Esperanza, si bien un poco a regañadientes, rescata como una lección

de peso y no como una condena eso que la joven vecina le augura, a saber, que “[I]ike it or not [Esperanza is] Mango Street, and one day [she]’ll come back [to it]” (Cisneros 107). Para cuando alcanza el final de su relato, Esperanza ya se ha reconciliado con ese augurio; entonces, puede declarar sin rencor que Mango “does not hold [her] with both arms. [It] sets [her] free” (Cisneros 110). Su plan a futuro aún consiste en marcharse, pero ya no con la meta de sentar una desafiliación rotunda con su espaciotiempo presente; al contrario, asegura, cuando al cabo se vaya será “to come back. For the ones I left behind. For the ones who cannot out” (Cisneros 110), o sea, por las niñas y jóvenes del barrio con quienes se ha aliado afectivamente.

Lucy, por su parte, en la plena conciencia de su ascendencia africana halla un referente de pertenencia racial similar, aunque por supuesto no idéntico, al de la ascendencia mexicana de Esperanza. Lucy aprende de su raigambre africana en la infancia, estando aún en su *allá-entonces*, y ya de mayor, cuando ingresa a su *aquí-ahora*, porta consigo la firme constancia de esa raigambre. De niña, cuenta, “sabía que el origen de mi presencia en la isla, mi historia ancestral, era el resultado de un acto deshonesto” (Kincaid 94), esto es, el del tráfico y la explotación colonial de sujetos de color africanos; sabía, asimismo, que “hasta no hacía mucho tiempo habría sido esclava” (Kincaid 94). Estos saberes solo se actualizan en su *aquí-ahora*, ratificándose de formas que nadie más parece percibir, pese a lo obvias e hirientes que le resultan a Lucy. Sus empleadores, por ejemplo, la invitan a ponerse cómoda y a considerarse una más de la familia (Kincaid 8), pero la instalan en el diminuto cuarto de criados adyacente a la cocina (Kincaid 7) con apariencia de “caja, el tipo de caja donde se fletaba un cargamento” (Kincaid 8). Y los amigos y conocidos de los empleadores incurren en comportamientos aún peores; estas personas, con “nombres como Peters, Smith, Jones y Richards [...], nombres que ha[cen] girar el mundo” (Kincaid 45), conciben el país de origen de la joven como un mero destino vacacional

pintoresco y lo denominan con un genérico “las islas” (Kincaid 45), humillando así a Lucy e inculcándole vergüenza y rabia de venir de un *allá-entonces* “del que lo único que [se dice es]: “Cuando estuve allí me divertí mucho”” (Kincaid 45).

A pesar de lo cual y, a la vez, en contestación a lo cual, es decir, confrontando a (disintiendo de) “la interpelación del imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276) norteamericano, Lucy se empeña en adaptarse a sus circunstancias y, por lo tanto, se constituye como una sujeta migrante (Trigo 276). A mitad de su relato, al evaluarse y evaluar su *aquí-ahora*, dictamina: “ven[go] de los confines del mundo, y [...] lle[vo] sobre los hombros el manto de un sirviente” (Kincaid 66), dictamen que, por cierto, ya subyace a sus tempranas reflexiones y decisiones y lo mismo a las tardías. En su época de recién llegada, así, adquiere el hábito de llevar siempre consigo, metido en su sujetador, un manojito de “cartas de [su] familia y [sus] amigos arañando [sus] pechos” (Kincaid 15). Diríase que, lastimándose con esas cartas venidas del *allá-entonces*, Lucy se obliga a recordar que este espaciotiempo y todo lo que le es propio solo puede, justamente, lastimarla, lo cual transforma su adaptación al *aquí-ahora* en una necesidad imperante. Obstinándose en desafiliarse de su *allá-entonces* (al que, en todo caso, se sabe atada por “unos lazos casi indestructibles” (Kincaid 49)), sobrelleva primero el tedio de su rutinaria labor de niñera de las hijas de Mariah (Kincaid 9); luego, cuando este trabajo empieza a hacerla sentir “como un perro encadenado, con una correa muy larga, pero correa al fin” (Kincaid 76), y decide dejarlo y al hogar en el que lo desempeña, sobrelleva asimismo el amor herido disfrazado de autoritarismo con el que Mariah responde a esa decisión: “En aquellos días —cuenta— Mariah me hablaba mal todo el tiempo, comenzó a poner normas e insistía en que las cumpliera. Yo la complacía, ¿qué otra cosa podía hacer? Aquel era su último recurso: dejar claro que ella era el ama y yo la criada” (Kincaid 100). Lucy, en todo caso, agradece la *performance*

de poder de la empleadora, pues le recuerda una importante lección aprendida antaño de su madre, a saber, que toda mujer necesita autonomía: “debía asegurarme —dice— que el techo sobre mi cabeza fuera mío” (Kincaid 100). Pronto, al fin instalada en una vivienda que puede llamar propia (un apartamento que cohabita con su amiga Peggy y cuya renta paga a medias con su propio dinero (Kincaid 100-101)), incrusta deliberadamente la evidencia de su progresiva adaptación en detalles domésticos que le permiten reconocerse relativamente reconciliada a la vez con su presente y con su pasado; por ejemplo, cuenta: “Las cortinas de mi habitación [del apartamento rentado] tenían flores grandes y chillonas. [...]. En este clima [el urbano norteamericano] parecía vulgar, pero habría sido perfectamente apropiado para el clima de mi país” (Kincaid 100). Su recientemente adquirida independencia, asimismo, la capacita para sacudirse de encima el peso figurativo de su “manto de [...] sirviente” (Kincaid 66), lo cual le parece, sin embargo, un triunfo agrídulce: en pos de él ha lastimado pasajeramente los sentimientos de Mariah (Kincaid 100, 112), y ha cortado definitivamente la comunicación postal con su madre (Kincaid 97). Está, entonces, al alcanzar el final de su relato, “sola en el mundo, lo cual era todo un logro; llegué a pensar —explica— que moriría antes de conseguirlo. No era feliz, pero tal vez eso fuera pedir demasiado” (Kincaid 112). Su nueva rutina laboral, por lo demás, que consiste en “contestar el teléfono, tomar mensajes, responder correspondencia y hacer recados” (Kincaid 109), le reporta un sueldo mucho más modesto que el que le reportaba su labor de niñera, pero a diferencia de esta, aquella no le recuerda tan ostensiblemente su “historia ancestral” (Kincaid 94) de servidumbre obligada.

Hallándose compelidas, entonces, por “la interpelación del imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276) norteamericano a gestionarse en sus presentes en virtud de sus raigambres (sus pasados históricos), y de las valías negativas que aquel imaginario adjudica a

esas raigambres, Esperanza y Lucy reaccionan, cada una, en la medida de sus particulares posibilidades situacionales: Esperanza lo hace rindiéndose inicialmente a esa interpelación (piénsese en su deseo de rebautizarse para poder encajar), y Lucy lo hace sobrellevando esa interpelación de maneras un poco auto castigadoras (piénsese en su manojito de cartas metido en su sujetador, que le recuerda que tranzar con el presente es menester si quiere distanciarse del pasado); pero al cabo ambas se adaptan. Se constituyen, de tal forma, como subjetividades migrantes (Trigo 276). A grandes rasgos, Esperanza lo hace en razón de honrar las alianzas afectivas que forja con otras niñas y jóvenes en circunstancias similares a la suya, y Lucy lo hace en razón de mantener en curso su proyecto personal de independización. En suma, ambas coinciden en haber alcanzado una relativa reconciliación con sus respectivos presentes. Ahora, en la medida en que alcanzar esa reconciliación les ha supuesto manifestar cierta “resistencia [...] a las visiones hegemónicas y excluyentes de la subjetividad” (Braidotti 59) promulgadas por el antedicho imaginario, resistencia que en general ha consistido en optar por adaptarse en lugar de asimilarse, se dirá que Esperanza y Lucy se constituyen, a la par que como migrantes, como nómades, porque “la conciencia nómada [...] es una forma de resistirse a la asimilación u homologación con las formas dominantes de representación del yo” (Braidotti 62). El alcance de sus nomadismos se aprecia, sobre todo, en que se apropian de ciertos registros artísticos e intelectuales en pos de urdir sus propios discursos alternativos a esas formas representacionales dominantes. Esto, por estar ligado con las negociaciones que Esperanza y Lucy llevan a cabo en calidad de mujeres de color, se consigna en el siguiente capítulo.

4.3. Entre la modernidad y la colonialidad: la colonialidad del poder

Los pasajes de los relatos de Esperanza y de Lucy revisados hasta este punto demuestran cuan determinadas están las experiencias in/migrantes de la niña y de la joven por el trabajo

conjunto de “la retórica de la modernidad [...] y la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36), las cuales, a grandes rasgos, subyacen a las ilusiones que las protagonistas gestan en sus *allá-entonces* y a las desilusiones que sufren en sus *aquí-ahora*. Así, cuando Esperanza, aún instalada en su mal agestado apartamento en Loomis, se visualiza habitando una casa “white with trees around it, a great big yard and grass growing without a fence” (Cisneros 4), y cuando Lucy, aún alojada en la casa de sus padres, se visualiza visitando en el extranjero “sitios felices, como botes salvavidas de [su] pequeña alma que se ahogaba” (Kincaid 5), ambas están suscribiéndose y consintiendo a las promesas de la modernidad, urdidas en un “discurso de la salvación, el progreso, la modernización y el bien común” (Mignolo 32). Los agentes pregoneros de este discurso son, en los ámbitos domésticos de los *allá-entonces* de las protagonistas, los padres de ambas. En el relato de Esperanza, la casa imaginada es “the house Papa talked about when he held a lottery ticket and [...] the house Mama dreamed up in the stories she told us before we went to bed” (Cisneros 4). Y en el relato de Lucy, los sitios idealizados son del tipo que sus hermanos están prácticamente destinados a visitar, pues los padres de la joven planean para sus hijos varones una educación en el extranjero que les permita “convertirse en médico[s], abogado[s] o alguna profesión [...] [conducente a] ocupar un lugar importante e influyente en la sociedad” (Kincaid 90). De tal modo, pregonando sin malas intenciones las promesas de la modernidad, los padres de Esperanza le inculcan a la niña una meta que no llegará a alcanzarse (Cisneros 3-5), y los padres de Lucy le comunican a la joven un proyecto que por prejuicios de género la excluye y sin embargo igualmente la predispone a desear algo *más y mejor* (Kincaid 90-91). Por cierto, la adhesión de Lucy al proyecto de sus padres demuestra que la joven se ha constituido, si bien brevemente, como una sujeta inmigrante (esto es, asimilada) (Trigo 276); su temprano y brusco “choque con la decepcionante realidad” (Kincaid 5), ocurrido cuando arriba a

su nuevo hogar norteamericano, la faculta, sin embargo, para “desasimilarse” y, consecuentemente, para optar por negociar su subsistencia adaptándose como migrante.

Por lo demás, poner el énfasis en las raigambres raciales de Esperanza y de Lucy, y en el tratamiento sistemáticamente peyorativo que el “imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276) norteamericano les procura a estas en razón de esas raigambres, da pie a acusar la “colonialidad del poder” (Quijano 19) imbricada en el antedicho imaginario, o sea, a afirmar que:

[S]i se observan las líneas principales de la explotación y de la dominación social a escala global [...] actual, [...] es imposible no ver que la vasta mayoría de los explotados, de los dominados, de los discriminados, son exactamente los miembros de las “razas” [...] en que fueron categorizadas las poblaciones colonizadas [...] [durante] la conquista de América [y] en adelante. (Quijano 12)

No son fortuitos, entonces, la itinerancia de la familia de Esperanza, ni la pobreza de sus viviendas, ni la vergüenza que la niña aprende a sentir por los indicadores físicos y hereditarios de su raigambre, ni su confinamiento en una zona negativamente racializada; ni son fortuitas la hiper constancia que Lucy demuestra de su pasado histórico, ni las sofisticadas recreaciones que el presente obra de ese pasado, ni las humillaciones que la joven sufre de parte de los sujetos privilegiados con los que trata, ni las interacciones siempre jerarquizadas entre estos y aquella. Son, por el contrario, concretizaciones de “la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36), que funciona en detrimento de Esperanza y de Lucy por ser estas descendientes raciales de quienes antaño fueron castigados por el poder colonial. Esta lógica, por cierto, también se imbrica en el constructo sociocultural del género, lo cual se analiza en el siguiente capítulo.

5. Capítulo 2: Las escisiones y negociaciones de la mujer de color en los Estados Unidos

La “colonialidad del poder” (Quijano 19), entonces, como se ha indicado en el capítulo anterior, es el factor ideológico —históricamente rastreado; en absoluto fortuito— determinante de las tribulaciones racistas y clasistas que Esperanza y Lucy sortean en calidad de in/migrantes de color, y asimismo de las tribulaciones sexistas que sortean en calidad de mujeres de color, pues el género, tal como la raza y la clase, es un constructo de opresión gestado por “la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36). Lo cual da pie a acusar, además, la “colonialidad del género” (Lugones 75), o sea, a afirmar que “[a] pesar [de] que [...] [contemporáneamente] todos/as somos racializados y asignados a un género, no todos/as somos dominados o victimizados por ese proceso” (Lugones 82). Mucho del tipo de intersubjetividad del cual participan Esperanza y Lucy, y de los discursos que se trazan en esa intersubjetividad, prueban que ambas resultan efectivamente victimizadas tanto en virtud de su raza como de su género, y que en ocasiones quienes las victimizan son justamente sus congéneres y/o sus pares de raigambre o de estrato. La lógica que repara en ello es la interseccional (Lugones 2008), opuesta a “la lógica de separación categorial [que] distorsiona los seres y fenómenos sociales que existen en la intersección [de las categorías de clase, raza y género]” (Lugones 82). Esperanza y Lucy, justamente, existen en esa intersección, lo cual solo conflictúa los consensos y disensos que ambas acometen en pos de subsistir.

5.1. Las negociaciones con la colonialidad del género en la intersubjetividad

Nótese, así, primero en el relato de Lucy, que tanto su relación con su madre como su relación con su empleadora son de índoles jerárquicas: en ambas, Lucy interpreta el rol de la dominada y la madre y la empleadora interpretan el rol de la dominadora, lo cual no se anula solo porque las partes relacionadas son de un mismo género ni porque eventualmente se prodigan

genuino afecto. La relación de la que participan Lucy y su madre, por una parte, está enmarcada en el espaciotiempo pasado de la joven, pero se filtra a su espaciotiempo presente mediante “el ejercicio de la memoria” (Trigo 278) propiciado ocasionalmente por el diálogo epistolar entre la madre y la hija. El suyo es un diálogo tenso, que ya desde sus inicios enerva a Lucy. Cuando esta, por ejemplo, escribe a su madre “hablándole de [su] primer viaje en metro” (Kincaid 15), recibe por contestación una carta “llena de detalles sobre cosas horribles y perversas que según [la madre] habían tenido lugar en aquellos mismos trenes de metro donde [la hija] viajaba” (Kincaid 15). La mujer es gráfica al informar a la joven que “había leído una noticia sobre una joven inmigrante, de [la] misma edad [de Lucy], a quien habían degollado mientras viajaba” (Kincaid 15). Semejante información altera importantemente el ánimo de Lucy, quien confiesa: “después de leer [esa] carta, me entró miedo hasta de asomar la cabeza por la puerta” (Kincaid 15). Así, predisponiendo negativamente a la hija, la madre se muestra capaz de influenciarla incluso a la distancia, lo cual al cabo ratifica su autoridad. Deseando disentir de esta omnipresente autoridad materna, Lucy se pasa el resto del relato intentando cortar el diálogo con su progenitora: ignora las cartas de esta hasta que ya no le es posible, y entonces le envía a la mujer una última contestación en la cual falsea su remitente y, por fin, se torna ilocalizable (Kincaid 97). Empero, la autoridad materna ya ha dejado mella en Lucy: la madre la ha ejercido mientras criaba a la hija en razón de nociones sumamente patriarcales, anhelando hacer de ella una chica “limpia, virginal, irreprochable” (Kincaid 67). Tal es el ideario de la feminidad propio del “imaginario [...] hegemónico” (Trigo 276) del espaciotiempo del cual Lucy y su madre son oriundas, ideario al cual la madre se afilia por pragmatismo. Lo prueba, según explica Lucy, el contrato matrimonial que la mujer se ha procurado: “Cuando mis padres se casaron él era viejo y ella joven, lo cual les convenía a ambos, pues ella tendría alguien que la dejara en paz sin perder

prestigio ante las demás mujeres, y él tendría alguien que lo cuidara en la vejez” (Kincaid 56). Y aunque Lucy también tiende al pragmatismo (recuérdese su decisión de adaptarse a la praxis norteamericana, escogiendo sobrellevarla en lugar de antagonizarla), igualmente resiente el cariz sexista de las expectativas maternas, familiares y, en general, sociales que carga a costas al salir de su *allá-entonces* y entrar a su *aquí-ahora*. Rumiando esas expectativas, se pregunta “qué habrían visto todos en [ella] para considerar[la] apta para un puesto de enfermera” (Kincaid 63); si desde niña, con sus actitudes y aptitudes, ha manifestado odiar “recibir órdenes [...] [y] servir a los demás [,] ¿[p]or qué nadie habría pensado que podía llegar a ser un buen médico, un buen juez o alguien competente capaz de estar al mando de alguna actividad?” (Kincaid 63-64). El cariz sexista del futuro en el cual se la proyecta se torna innegable cuando Lucy contrasta este potencial futuro con el que aguarda a sus hermanos, si los designios de sus padres llegan a concretarse:

[M]i madre —cuenta la joven— había tenido tres hijos varones [y] [c]ada vez que nacía un[o] [...], mi padre y [ella] se decían el uno al otro con gran solemnidad que iría a la universidad en Inglaterra para convertirse en médico, abogado o alguna otra profesión que le permitiera ocupar un lugar importante e influyente en la sociedad. (Kincaid 90)

De Lucy, en cambio, se espera que se contente con existir como “una persona mal pagada, obligada a venerar a alguien por encima de ella (un médico)” (Kincaid 64). Su porvenir y el de sus hermanos, entonces, se revelan efectivamente ideados en virtud de sus géneros, y de los roles públicos y del mayor o menor derecho a prosperidad que a esos géneros asigna tradicionalmente el patriarcado; en otras palabras, se revela que la familia, y puntualmente la madre, concibe a la hija destinada, dada su feminidad, a una experiencia vital de subordinación y mediocridad. Lucy perdona al padre por albergar esas ideas; él, razona, “no me conocía en absoluto y yo no esperaba que imaginara para mí una vida llena de emoción y triunfos” (Kincaid

90). Las mismas ideas, sin embargo, le resultan aberrantes cuando es la madre quien las alberga, pues dan cuenta de una gravísima deslealtad entre congéneres: “cada vez —confiesa— que veía cómo [los] ojos [de mi madre] se llenaban de lágrimas al pensar en el triunfo de sus hijos, sentía que una espada me atravesaba el corazón, porque a mí, su única hija idéntica, jamás me imaginaba en un escenario parecido” (Kincaid 90). Después, cuando, estando ya instalada desde hace tiempo en su nuevo *aquí-ahora*, la joven se entera del fracaso del proyecto de vida de su madre (el esposo de la mujer ha muerto, dejándola sin dinero y con deudas (Kincaid 88)), su voluntad de disentimiento para con ella y su idiosincrasia sexista solo se ratifica: “No soy como mi madre —dictamina—. Ella y yo no nos parecemos en nada. Ella nunca debió casarse con mi padre ni tener hijos. No debería haber desperdiciado su inteligencia ni haber prestado tan poca atención a la mía” (Kincaid 85-86). Las palabras con que Lucy recrimina el actuar materno pintan ese actuar como una subalternización contra la hija. Pues, si “el subalterno no puede hablar en el sentido de que no puede ser oído, reconocido, comprendido” (Asensi 72), entonces la deliberada “poca atención” que la madre ha prestado a la inteligencia de la hija mientras la criaba, ha permitido y aun causado que Lucy y sus deseos y su potencial se mantuvieran no-oídos, no-reconocidos, no-comprensidos, u oídos, reconocidos y comprendidos solo en la medida que el ideario sexista materno ha estimado conveniente.

La relación de la que participan Lucy y su empleadora, por otra parte, está enmarcada en el espaciotiempo presente de la joven, pero evoca, otra vez mediante “el ejercicio de la memoria” (Trigo 278), su espaciotiempo pasado dadas las similitudes que Lucy advierte entre la mujer que la aloja y emplea en los Estados Unidos y la mujer que la ha criado en las Antillas (Lucy remite a esas similitudes declarando: “Cuando amaba a Mariah era porque me recordaba a mi propia madre; cuando no la amaba, también era porque me recordaba a mi propia madre” (Kincaid 41)).

Las desavenencias de perspectivas y de proceder entre la empleada y la empleadora, que acontecen en un punto temprano del curso de su relación, sientan ciertas brechas entre ambas y, consecuentemente, condicionan el trato que se prodigan la una a la otra en lo que resta de su asociación. La primera de esas desavenencias surge a propósito de los significados que cada una asigna a las flores de narciso, un objeto de debate que a primera vista parece trivial. Lucy es quien lo tematiza, motivada por cuánto la extraña el idílico amor que su empleadora profesa a la primavera y las flores (Mariah habla de la estación “como si se tratara de una amiga íntima” (Kincaid 13), y de los narcisos como si se trataran de una fuente de dicha: “¿Has visto alguna vez los narcisos intentando abrirse paso y asomándose sobre la tierra? —pregunta retóricamente— [...]. Cuando yo lo veo, ¡me siento tan feliz de estar viva! (Kincaid 13)). Lucy, en cambio, criada en un país donde la primavera y los narcisos no existen materialmente, solo posee de ellos una referencia inmaterial, una idea que le ha sido inculcada en la infancia. Esta referencia, cuenta, es “un poema que [le] habían obligado a memorizar cuando era alumna [...]. [Le] habían hecho aprenderlo, verso a verso, para recitarlo ante un público de padres, profesores y compañeros” (Kincaid 13). Y recitarlo le había granjeado la entusiasta aprobación de su público, que Lucy había agradecido aunque “por dentro —confiesa en sus reflexiones presentes— juré borrar de mi mente cada verso, cada palabra de aquel poema” (Kincaid 14). Su juramento había sido en vano: pronto se había hallado soñando “que los narcisos que había prometido olvidar [la] perseguían [...] y que cuando por fin caía agotada, se amontonaban sobre [ella] hasta que quedaba enterrada debajo de ellos y nadie volvía a ver[la] nunca más” (Kincaid 14). Su sueño resulta ser figurativamente profético, pues el recuerdo del poema de los narcisos la “persigue” desde la infancia a la adultez y desde el Caribe a Norteamérica, y cuando Lucy lo comparte con Mariah, esta le dispensa al recuerdo en cuestión un tratamiento mediante el cual, otra vez

figurativamente, pretende “enterrar” (Lugones (2008) diría “invisibilizar”) la significación que Lucy le adjudica a su propia experiencia. Pues, compelida por un genuino pero irreflexivo deseo de ayudar, la mujer conduce a la joven a un jardín repleto de “muchísimas flores amarillas [...] [de] aspecto hermoso, simple” (Kincaid 20-21). Lucy, sin embargo, reacciona negativamente a lo que observa; se dice a sí misma, enrabiada: “desearía destruirlas [,] [...] cortar las flores a ras de suelo” (Kincaid 21). Y su rabia solo se extrema cuando Mariah, otra vez irreflexivamente, le informa: “Son narcisos [...]. Lamento lo del poema y espero que a pesar de todo te parezcan hermosos” (Kincaid 21). Lo que Mariah parece ignorar, y a Lucy le cuesta verbalizar (Kincaid 21), es que al orillarla, cuando niña, a recitar el susodicho poema, la habían orillado de hecho a rendir pública pleitesía a un significado que ni siquiera tiene un significante en la realidad material de su isla, un símbolo, en otras palabras, al cual se alaba solo porque el “imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276) británico, que gobierna ideológica y prácticamente a las Antillas, así lo ha decretado. Con todo, explicarle esto a Mariah no la sosiega; por el contrario, Lucy solo siente “pena por haber colocado a [los] amados narcisos [de la mujer] bajo una perspectiva que ella nunca había considerado, una perspectiva de conquistadores y conquistados” (Kincaid 21). Cada vez que Lucy confronta los gestos de amor bienintencionados pero irreflexivos de Mariah, es en esa guisa ambivalente: enrabiada con la mujer, y consigo misma por lastimarla con esa rabia.

Piénsese en cuando la joven, la mujer y las hijas de esta parten a “la casa del Gran Lago” (Kincaid 22), el hogar de veraneo de Mariah. El trayecto debe hacerse en tren, pues Mariah quiere que Lucy viva “la experiencia de pasar la noche viajando” (Kincaid 20) y que por la mañana, desde la ventana del vagón, contemple los “campos recién arados” (Kincaid 20). Lo que Lucy saca en limpio del viaje, sin embargo, es que “[l]as [...] personas sentadas en el comedor

[del vagón-restaurante] parecían parientes de Mariah, mientras que las que servían las mesas eran iguales a [los] parientes [de Lucy]" (Kincaid 23). Mariah, por su parte, no nota nada: "Actuaba en la forma habitual —observa Lucy—, presuponiendo que el mundo era redondo y que todos estábamos de acuerdo en eso, cuando en realidad yo sabía que el mundo era plano y que si me acercaba demasiado al borde me caería" (Kincaid 23). Lucy se está apercibiendo, así, de que la ignorancia de Mariah es el privilegio que la mantiene a salvo de toda incertidumbre existencial, y, a la inversa, que su propia sapiencia sobre las recreaciones que el presente hace de su pasado histórico de servilismo obligado la tienen siempre en ascuas, angustiada y resentida. Su resentimiento se torna patente cuando Mariah finalmente le muestra "uno de esos campos recién arados que tanto le gustaban" (Kincaid 23); contemplándolo, Lucy comenta cruelmente: "Bueno, gracias a Dios que no he tenido que [...] [ararlo] yo" (Kincaid 23), pero duda que Mariah comprenda lo que le ha querido comunicar, pues la percepción que la mujer posee de esos campos, igual que la que posee de los narcisos, está libre de la mancha racista tan evidente para quienes, como Lucy, son herederos de aquellos castigados antaño por el racismo colonial. Dada su ceguera ideológica, pronto Mariah reincide en antagonizar con Lucy sin proponérselo: "Estaba ansiosa por decirte que tengo sangre india" (Kincaid 28), le confiesa a la joven, y agrega: "por eso soy tan buena pescando, cazando pájaros o asando maíz" (Kincaid 28). Lucy reacciona a esto con sorpresa: físicamente, su empleadora "no tiene nada de india en ella" (Kincaid 28), y, lo que es peor, "decía "yo tengo sangre india" como si [...] alardeara de un trofeo" (Kincaid 29). Su autopercepción aptitudinal es, además, sumamente esencialista, y la rotundidad con la que expresa su confesión, advirtiéndole a Lucy: "tengo la impresión de que lo interpretarías mal" (Kincaid 28), acusa que cree que Lucy solo estará "interpretándolo bien" si acepta sus palabras sin rebatírselas. Lucy se las rebate silenciosamente, sosteniéndole la mirada y

rechazando su abrazo (Kincaid 29). Este disenso, que consiste en rebatir la rotundidad de los discursos de Mariah, es agri dulce: Lucy lo reconoce como un triunfo, pero “la angustia de [la] cara [de Mariah] —dice— me rompió el corazón” (Kincaid 29). El quid de las brechas entre Lucy y Mariah, entonces, radica en que Mariah, quien solo quiere conectar con Lucy en calidad de congéneres, está predispuesta, por su afinidad con el “imaginario nacional hegemónico” (Trigo 276) norteamericano (el cual la trata a ella, una mujer blanca acomodada, con mucha más gentileza que a Lucy, una mujer de color de la clase trabajadora), a erigirse, aunque siempre sin malas intenciones, como una pregonera de “lo que los hombres blancos definieron como sus propios intereses” (Rich 46). Así, que la empleada y la empleadora sean ambas mujeres, no quita que puedan ser (y en efecto acaben siendo, por momentos) enemigas ideológicas de raza y clase.

Curiosamente, Lucy también se cuasi afilia, alternativamente, a los designios del orden patriarcal. Su cuasi afiliación, o concesión a regañadientes, resulta curiosa porque es con respecto de los hombres, y del beneficio que estos sacan del régimen de opresión sexista, que Lucy se manifiesta resignadamente magnánima. No se conmueve demasiado, por ejemplo, al reflexionar sobre el tórrido historial romántico de su padre; este “tendría unos treinta hijos; ni él mismo estaba seguro. [...]. Una mujer con la que tuvo hijos —cuenta Lucy— intentó asesinarlo cuando yo estaba en el vientre de mi madre. [...]. Mi padre había vivido con otra mujer durante años y era la madre de sus tres hijos” (Kincaid 56). Lucy no registra nada insólito en esto; por el contrario, lo justifica señalando: “En mi país todos sabían que [...] no se debe confiar en algunas mujeres ni, en general, en ningún hombre” (Kincaid 55-56). De Lewis, el esposo de Mariah, opina parecido; aquel le ha sido infiel a esta y Lucy, viendo sufrir a la mujer, quisiera decirle: ““Tu situación es de lo más vulgar. Los hombres se comportan así todo el tiempo, y los que no lo hacen son las excepciones que confirman la regla”” (Kincaid 98). Su concepción de la

masculinidad, así, es crítica y despreciativa, pero no por ello menos esencialista, pues la concibe *inherentemente* nociva. Lucy insiste en que “[t]odo el mundo sabe que los hombres no tienen moral, que no saben cómo comportarse ni cómo tratar a los demás, por eso les gustan tanto las leyes; tuvieron que inventarlas para usarlas como guías” (Kincaid 99). Diríase que la joven admira la audacia y la arteria de los hombres, quienes “consultan esa guía y si la guía les da un consejo que no les gusta, la cambian” (Kincaid 99). La masculinidad astutamente abusiva está para ella incontestablemente asentada; de tal forma, aunque logra identificarla y criticarla, la concibe tan omnipotente que no ve el caso de combatirla ofensivamente. Su consenso a la jerarquización patriarcal, según la cual el hombre interpreta el rol del vencedor y a la mujer interpreta el rol de la vencida, no es un consenso feliz; de hecho, tiene mucho de estratégico, pues Lucy, fiel a su estilo adaptativo, escoge sobrellevar esa jerarquización antes que arriesgarse a antagonizarla. Y, en todo caso, hay ocasiones en que la subvierte sofisticadamente: cuando Tanner, “el primer chico con quien había hecho todo lo que se puede hacer con un chico” (Kincaid 57), se regodea de haberla desvirgado, Lucy le arrebató el triunfo mintiéndole: “Es que me ha llegado la regla” (Kincaid 57), le dice, no porque le pese ser o no virgen, sino, según dice, porque “cuando vi la importancia que tenía para él descubrir que era el primer chico con quien me había acostado, no puede concederle esa prerrogativa sobre mí” (Kincaid 57). Esta experiencia, enmarcada en su *allá-entonces*, tiene sus semejantes en su *aquí-ahora*; piénsese en Timothy Simon, quien emplea a Lucy luego de que esta ha renunciado a su puesto de niñera. Con él, Lucy se obstina en llevar una relación estrictamente profesional, en pos de ahorrarse la condescendencia sexista del hombre: “Yo lo llamaba —explica— señor Simon, no Tim, ni siquiera Timothy, como él me rogaba que lo hiciera, pues de esa manera él no me llamaría “encanto” o “cariño”, los dos adjetivos que solía usar al dirigirse a una mujer” (Kincaid 110).

Esperanza, por su parte, asimismo da cuenta de sus negociaciones con la opresión sexista a lo largo de su relato. Sus dinámicas familiares y comunales, igual que las de Lucy, están regidas por el orden patriarcal, según el cual la diferencia sexual conlleva una organización de la familia y la comunidad a propósito del género que se le reconoce a cada integrante o, en otras palabras, una determinación de las experiencias vitales permitidas y obligadas a los sujetos dados sus acatamientos a los idearios de la masculinidad y la feminidad. En palabras de Esperanza: “The boys and the girls live in separate worlds” (Cisneros 8). Por eso, agrega, “[m]y brothers [...] [have] got plenty to say to me and Nenny [la hermana menor de Esperanza] inside the house. But outside they can’t be seen talking to girls” (Cisneros 8). Lo cual no responde a una imposibilidad de la intersubjetividad pública, familiar y comunal, entre hombres y mujeres, sino a la normativización patriarcal de esta intersubjetividad, en razón de la cual los sujetos masculinos se alían ante todo con sus congéneres. Y, asimismo, en razón de la cual los sujetos masculinos dominan y las sujetas femeninas son dominadas, incluso (o, mejor dicho, sobre todo) en las interacciones de cariz romántico. Esperanza es protagonista y testigo recurrente de las situaciones que se gestan en torno a tal patrón intersubjetivo. Como testigo, nota el involucramiento deliberado e incluso entusiasta de sus amigas y vecinas en los juegos de poder sexistas típicos de la cotidianidad del barrio. Piénsese en Marin, la vecina puertorriqueña un poco mayor que Esperanza (Cisneros 23), a quien solo se le permite salir de casa ya tarde, cuando su tía ha vuelto del trabajo (Cisneros 27), “and even then she can only stay out front” (Cisneros 27). Entonces, cuenta Esperanza, “Marin lights a cigarette and it doesn’t matter if it’s cold out [...] or if we’ve got nothing to say to each other. What matter, Marin says, is for the boys to see us and for us to see them” (Cisneros 27). Los atributos físicos e indumentarios de Marin, agrega Esperanza, provocan que “the boys who do pass by say [to her] stupid things like I am in love

with those green apples you call eyes, give them to me why don't you. And Marin just looks at them without even blinking and is not afraid" (Cisneros 27). El *modus operandi* de Marin, y las circunstancias que genera mediante este, responden a una meta específica, en pos de la cual la chica considera menester "to look beautiful and [...] to wear nice clothes" (Cisneros 26); esa meta es "[to] meet someone [...] who might marry you and take you to live in a big house far away" (Cisneros 26). Contra semejante idealización, según la cual el contrato matrimonial es la ruta a la prosperidad material, pero, a la par, el esposo es el principal gestor del destino de la esposa, Esperanza se declara en disenso: "I have decided not to grow up tame like the others" (Cisneros 88), sentencia, y "las otras" de las que se distingue son las mujeres de su vida que han acabado violentamente "domesticadas" por la masculinidad patriarcal. Entre tales mujeres, destaca su bisabuela mexicana, "a wild horse of a woman, so wild she wouldn't marry" (Cisneros 11). Con su "salvaje" soltería, la mujer antagonizaba con su entorno, pues "the Mexicans don't like their women strong" (Cisneros 10). El bisabuelo de Esperanza fue quien arregló la desavenencia entre entorno y mujer, "domesticando" a esta; él, cuenta la niña, "threw a sack over her head and carried her off. Just like that" (Cisneros 11). A lo cual la mujer había reaccionado "look[ing] out of the window her whole life, the way so many women sit their sadness on an elbow" (Cisneros 11). Con semejante destino, consistente en intercambiar la libertad por un anhelo eterno y vano de recuperarla, no existe, decide Esperanza, posibilidad de consenso; cierto es que de su bisabuela ha heredado el nombre, pero, se propone, "I don't want to inherit her place by the window" (Cisneros 11). Con todo, de este pasado familiar de Esperanza hace eco su presente comunal, pues muchas de sus cercanas acaban, como la abuela, "domesticadas" patriarcalmente.

Su capacidad de reconocer el peligro de sucumbir a conducirse en razón de la usanza patriarcal de la feminidad, y su consecuente voluntad de disentir a esa usanza, no eximen a Esperanza de personificar, por momentos, el rol de la dominada en los juegos de poder sexistas tan propios de su praxis comunal. Así, un día, vuelve a casa “all wet because Tito had pushed [her] into the open water hydrant” (Cisneros 53), y la dubitativa explicación que se brinda a sí misma del hecho (“I had sort of let him” (Cisneros 53), se confiesa), es una admisión a regañadientes de que ha participado de una suerte de flirteo en el que no solo la han violentado, sino que, además, ella se ha dejado violentar. Y otro día, caminando por la calle, experimenta, no por primera vez, el gusto amenazante de saberse el objeto de contemplación de la mirada masculina: “I don’t remember —cuenta— when I first noticed him looking at me—Sire. But I knew he was looking. Every time. All the time I walked past his house” (Cisneros 72). Esperanza pretende medir su propio temple enfrentándolo al de quien la observa: “I had —explica— to prove to me I wasn’t scared of nobody’s eyes, not even his” (Cisneros 72), y parece a la vez dolerse y regodearse de que le correspondan el enfrentamiento: “It made your blood freeze to have somebody look at you like that. Somebody looked at me. Somebody looked” (Cisneros 73). Luego, en la privacidad de su hogar, Esperanza se imagina usurpando el lugar de Lois, la novia de Sire: “How do you hold her? —interpela mentalmente al chico— [...] Like this? And when you kissed her? Like this?” (Cisneros 73). De tal forma, los potenciales atractivos del amor romántico socavan su voluntad de disentir a encarnar una feminidad que se deja “domesticar”; su resolución, al cabo, se revela ambivalente.

Como Sire y Tito, quienes al alero del orden patriarcal victimizan a Esperanza (con una cierta complacencia por parte de esta) empero de residir en el mismo barrio de color que la niña y, consecuentemente, resultar tan victimizados como ella por el racismo y el clasismo

norteamericanos, hay, en el resto del relato, otros sujetos masculinos de color que se erigen como enemigos de género de sus propias pares de raigambre y estrato. El padre de Alicia —la vecina de Esperanza “who [...] is young and smart and studies for the first time at the university” (Cisneros 31)— es uno de esos sujetos. Su modo de violentar a su hija es casi incidental; no implica golpes ni gritos sino su aserción rotunda de que “a woman’s place is sleeping so she can wake up early with the tortilla star” (Cisneros 31). Alicia se resiente de semejante dictamen; lamenta que siendo una hija le adjudiquen las tareas de una esposa, que en su hogar “there is no one older to rise and make the lunchbox tortillas” (Cisneros 31); no obstante, persevera: estudia toda la noche (Cisneros 32) y, para arribar al campus, toma “[t]wo trains and a bus, because she doesn’t want to spend her whole life in a factory” (Cisneros 31-32). Peor suerte tiene Sally, la hermosa compañera de colegio de Esperanza (Cisneros 81), cuyo padre “says to be this beautiful is trouble [...] [and is] very strict in his religion” (Cisneros 81). Esperanza distingue entre lo que Sally está dispuesta a contar en la escuela (“she’d say she fell. That’s where all the blue places come from” (Cisneros 92)), y lo que Sally no está dispuesta a contar ahí (pero sí está dispuesta a confesarle a Esperanza: que su padre “hit her with his hands just like a dog, she said, like if I was an animal. He thinks I’m going to run away like his sisters who made the family ashamed. Just because I’m a daughter” (Cisneros 92)). Quizá lo más trágico de la historia de Sally es que, intentando huir de la violencia paternal, acaba intercambiándola por la violencia conyugal (Cisneros 101); su fatalidad evoca e incluso supera la fatalidad de la bisabuela de Esperanza, pues Sally ni siquiera puede, como podía la mujer, mirar por la ventana: su esposo se lo prohíbe (Cisneros 102).

Ahora bien, el padre abusivo no es un tópico incontrovertible en el relato de Esperanza; su propio progenitor, por ejemplo, figura como un hombre de esfuerzo, “who wakes up tired in

the dark [...] and is gone before [the rest of the family] wake” (Cisneros 57); un hombre, además, lo bastante sensible y ligado a su familia como para llorar la muerte de su propio padre en los brazos de su hija: “[He] crumples like a coat and cries —cuenta Esperanza—, my brave Papa cries” (Cisneros 56). Contraponiéndose a él, figura la madre de Tito, una mujer insensibilizada por y respecto de sus circunstancias y afiliada pasivamente al orden patriarcal. Esperanza recurre a ella buscando ayuda: “Your son and his friends stole Sally’s keys and now they won’t give them back unless she kisses them” (Cisneros 97), le informa, pero la mujer, pendiente de sus asuntos domésticos (“[she is] ironing shirts [,] [...] sprinkling water on them from an empty bottle and smoking a cigarette” (Cisneros 97)), apenas reacciona: “Those kids, she said, not looking up from her ironing” (Cisneros 97). Semejante pasividad pasma a Esperanza, quien conmina nuevamente a la mujer, pero esta se mantiene incommovible; contesta: “What do you want me to do, [...] call the cops?” (Cisneros 97). Esperanza, resignada, vuelve donde Sally, supuestamente en apuros, aguarda rescate; “[b]ut when I got there —dice— Sally said go home. Those boys said leave us alone. I felt stupid [...]. They all looked at me as if I was the one that was crazy and made me feel ashamed” (Cisneros 97). Sally, al cabo, no quiere que la rescaten de lo que ha resultado ser otro juego de poder sexista en el cual ella encarna a la víctima falsamente renuente. Esperanza, por su parte, “had to run away [,] [...] had to hide [...] [as she] lay down and cried a long time” (Cisneros 97). Diríase que la niña sufre por este triunfo de la opresión sexista cuyo aval es menos el poderío masculino por sí mismo y más la pasiva indiferencia y la activa complacencia femeninas.

Intentando disentir de esa feminidad siempre rendida, Esperanza se halla, por momentos, antes que socavando el poderío masculino, reproduciéndolo por imitación o avalándolo al ceder a su ideario de belleza. Así, cuando se declara en guerra (“my own quiet war” (Cisneros 89), dice)

contra el *statu quo* sexista de su barrio, lo hace atormentada, a su pesar, por ser “an ugly daughter [,] [...] the one nobody comes from” (Cisneros 88). Y en esa misma guisa se resiente de Nenny, quien “says she won’t wait her whole life for a husband to come and get her” (Cisneros 88), pues aquella dice esto porque puede, porque “[she] has pretty eyes and it’s easy to talk that way if you are pretty” (Cisneros 88). Esperanza, de tal modo, empero de buscar empoderarse siendo “[the] one who leaves the table like a man, without putting back the chair or picking up the plate” (Cisneros 89), acaba paradójicamente siendo, también, la que anhela verse como la chica de las películas, esa “with the red red lips who is beautiful and cruel [,] [...] the one who drives the men crazy and laughs them all away” (Cisneros 89).

Con todo, la experiencia intersubjetiva que por sobre todas las demás le prueba a la niña cuan deshumanizadas pueden resultar las sujetas femeninas dada la excesiva permisividad que el orden patriarcal le dispensa a la violencia ejercida por los sujetos masculinos, tiene lugar en un carnaval al que Esperanza y Sally asisten juntas. Sally, dice Esperanza, se ha marchado con un chico a algún lugar impreciso (Cisneros 99), y mientras Esperanza aguarda su regreso, alguien la aborda. “I couldn’t make them go away —cuenta—. I couldn’t do anything but cry” (Cisneros 100). El sujeto que la ha abordado la agarra y ya no la suelta, le dice “I love you, Spanish girl, I love you, and pressed his sour mouth to [hers]” (Cisneros 100). Mientras evoca el hecho, Esperanza se resiente contra todas las idealizaciones del amor romántico que han plagado su cotidianidad: “They all lied —reclama—. All the books and magazines, everything that told it wrong. Only his dirty fingernails against my skin, only his sour smell” (Cisneros 100); asimismo, se resiente contra Sally, la congénere que ha fallado en rescatarla: “I waited such a long time —la interpela mentalmente—. [...] but you never came, you never came for me” (Cisneros 100). En su evocación, Esperanza no usa el término “ataque”; tampoco usa “abuso” ni “violación”,

pero es claro que tales son las denominaciones aplicables al hecho. De su atacante tampoco dice mucho, salvo que la ha forzado (“He wouldn’t let me go” (Cisneros 100)) y que, mientras lo hacía, no paraba de repetir “I love you, I love you Spanish girl” (Cisneros 100), tornando el ataque más cruento al tildarlo burlescamente de acto de amor, y al reducir a su víctima, quizá también con un afán burlesco, a un rótulo racial genérico. Uno errado, por cierto: Esperanza es hispánica, no española. Empero, el atacante ha triunfado de todas formas, si su meta era denostar a la niña por su no-blancura. Siendo tal el caso, al ataque subyace “la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36), que propicia que los constructos del género y la raza se concreten en violencias sexistas y racistas.

Lucy y Esperanza, en suma, se hallan desventajosamente posicionadas en los tipos de trato intersubjetivo de los que participan. Sus desventajosos posicionamientos se deben a las valías negativas asignadas por la “colonialidad del poder” (Quijano 19), en general, y la “colonialidad del género” (Lugones 75), en particular, a sus feminidades, raigambres y estratos, que, entramados en sus praxis de sujetas de color en entornos de primacía ideológica masculina y blanca, las tornan a ambas en “víctimas de [...] opresiones múltiples” (Lugones 75). Con todo, ocasionalmente la niña y la joven actúan también como condonantes, y aun cómplices, de esas opresiones, especialmente la sexista, que Lucy en parte relativiza al concederle talante de normal e incluso de natural, y que Esperanza reproduce al imitarla en pos de empoderarse.

5.2. Las negociaciones con la colonialidad del género en la discursividad

Los relatos de Esperanza y de Lucy coinciden en asignar una especial relevancia a los misceláneos discursos artísticos, intelectuales y populares vigentes y en tránsito en las respectivas praxis sociales de la niña y de la joven. Dicho en breve, estos discursos suelen avalar los imaginarios blanco y masculino con los cuales ambas negocian sus subsistencias.

Así, en el relato de Lucy, los discursos literarios de sus años formativos son los perfectos garantes de la narrativa de “Occidente como Sujeto” (Spivak 43). Sometiéndola a esa narrativa, a la Lucy niña le “enseñaban a leer con la Biblia, *El paraíso perdido* y algunas obras de William Shakespeare” (Kincaid 106). Ella, por su parte, afiliándose a fuentes literarias similares, “solía llamar[se] a [sí] misma con otros nombres: Emily, Charlotte, Jane, los nombres de las escritoras cuyos libros admiraba” (Kincaid 104), es decir, se idealizaba constituida a imagen y semejanza de esas escritoras con quienes, empero de emparentarse por una cuestión de género, se diferenciaba por una cuestión de raza. La Lucy adulta es mucho más crítica con respecto de esa diferencia, y entiende que los discursos artísticos e intelectuales de su pasado y de su presente plasman esa diferencia favoreciendo al conglomerado de sujetos privilegiados en el cual se subsume Mariah, cuyos “ojos azules —apunta Lucy, reflexionando sobre el solapamiento de lo que piensa y lo que le han enseñado a pensar— [...] me habrían parecido hermosos incluso si no hubiera leído miles de libros donde los ojos azules iban acompañados de la palabra “hermosos”” (Kincaid 27-28). Mariah misma pregonaba discursos supuesta, pero ineficazmente, contraculturales; opina “que los cuentos de hadas no eran recomendables, sobre todo aquellos protagonizados por princesas que despertaban de un largo sueño gracias al beso de un príncipe” (Kincaid 32). Lucy desacredita (disiente de) esta opinión, formulada por quien le parece una mujer que, creyéndose crítica, de hecho condona la retórica y la lógica implicadas en la “larga lista de cosas que habían contribuido a crear[le] [a Lucy] falsas expectativas del mundo” (Kincaid 32), esto es “la retórica de la modernidad [...] y la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36), cuyas falsas promesas han ilusionado y seguidamente desilusionado a la joven. Mariah, en tanto, no entiende que los cuentos de hadas resultan irrisorios para quien, como Lucy, ha constituido su subjetividad mediante constantes negociaciones con los cuentos de los herederos

ideológicos contemporáneos de los conquistadores coloniales (cuentos, por ejemplo, de hermosos narcisos y admirables campos arados). Lucy sí lo entiende y, por eso, cuando le cuenta a su empleadora sobre su madre y su crianza sexistas, reconoce en la reacción de la mujer sus buenas intenciones: “Mariah —cuenta— intentó rescatarme y me habló de la mujer en la sociedad, la mujer en la historia, la mujer en la cultura, la mujer en todas partes. Yo [...] no pude decirle que mi madre era mi madre y que la sociedad, la cultura y las demás mujeres eran una cuestión totalmente distinta” (Kincaid 91). De tal forma, la empleadora incurre en un consenso al tiempo que la empleada incurre en un disenso respecto de la “inclusión positivista de una colectividad monolítica de “mujeres” en el listado de los oprimidos” (Spivak 61). Enseguida, agrega Lucy, “Mariah [...] [me trajo] un libro grande y lo abrió en el primer capítulo. [...] yo leí la primera frase: “¿La mujer? Muy simple, dicen los amantes de las fórmulas fáciles: es un útero, un ovario: es una hembra y esa palabra basta para definirla”” (Kincaid 91). La frase es de *El segundo sexo* (1949), de Beauvoir, y aunque funciona en favor de Lucy (pues avala su disenso respecto de la “fórmula fácil” de la mujer monolítica a la cual Mariah consiente), la joven igualmente zanja: “Aquel libro [...] no podía explicar mi vida” (Kincaid 91-92). Que resulte inútil el texto (un discurso femenino pero blanco) radica importantemente en la genuina pero irreflexiva magnanimidad con que la empleadora, una mujer blanca acomodada, lo “receta” a su empleada, una mujer de color de la clase trabajadora; se trata de un gesto bienintencionado pero ciego a las diferencias históricas y contemporáneas entre los unos y los otros y, ciertamente, entre las unas y las otras. Mariah, así, reincide en relativizar las vicisitudes de Lucy, pues estas vicisitudes, las de una mujer de color, son “lo que no se ve cuando [...] género y raza se conceptualizan como separad[o]s un[o]s de otr[o]s” (Lugones 81), o sea, cuando se conceptualizan como lo hace Mariah. Diríase, además, que al pretender “leer” a su empleada con

un texto ideológicamente blanco (el de Beauvoir), y al pretender que Lucy se “lea” a sí misma con tal texto, María está, de hecho, pretendiendo “hablar” en nombre de la joven, o también, pretendiendo que la joven le imite su “habla” de mujer blanca. Mariah está, en términos de Spivak (2009), ensayando un intento de subalternización por ventriloquismo (53), que se frustra solo porque Lucy, como ya es habitual, se le resiste.

Empero de tales permisividades discursivas a la norma blanca y masculina, y asimismo en contestación a esas permisividades (azuzada, diríase, por el deseo de su conciencia nómada “de eliminar todo apego a los discursos establecidos” (Braidotti 52) que la irrespetan), Lucy se apropia de los registros artísticos e intelectuales de la fotografía y de la escritura para urdir sus propios discursos. “Tenía —dice, examinando sus posesiones de valor, ya casi al final de su relato— [...] una cámara y las fotografías que había tomado con ella” (Kincaid 99). Su afición por captar su entorno en imágenes fijas la incita a ahorrar para tomar un curso universitario de fotografía, “no con la idea de dedicarme a ello —aclarar—, sino simplemente porque me gustaba hacerlo” (Kincaid 111). Lucy liga este consenso a un estilo de formación artística voluntaria con su disenso a un estilo de formación profesional impuesta (pues ha decidido abandonar sus estudios de enfermería (Kincaid 63)). Su afición por la escritura, en tanto, la faculta para ensayar un proceso más revisionista; Lucy escribe en un bonito cuaderno que Mariah le obsequia la última vez que se ven (Kincaid 112-113); en él, consigna primero su nombre; enseguida, cuenta, “[c]uando vi mi nombre allí, un montón de pensamientos acudieron precipitadamente a mi mente, pero solo atiné a escribir esto: ““Me gustaría amar tanto a alguien como para morir de amor”” (Kincaid 113). Así cierra su relato: avergonzada y conmovida hasta las lágrimas luego de leer su propia confesión (Kincaid 113); escribirla y leerla, al cabo, le ha significado confrontar su presente, los costos y méritos de su adaptación, de sus consensos y disensos, y de los vínculos

que ha cortado a medias o por completo en pos de obtener su tan anhelada autonomía. El cierre agrídulce que Lucy da a su relato no niega, por lo demás, su capacidad adaptativa ni su conciencia nómada; todo lo contrario, pues “el nomadismo no es fluidez sin fronteras” (Braidotti 77), es decir, no es irreflexivo ni conmina a evadirse de los hechos.

Otro tanto se elucida del relato de Esperanza, si bien en la praxis comunal de la niña los discursos predominantes son los públicos y los populares. Piénsese en el discurso televisivo, cuya difusión es lo bastante masiva como para resultar virtualmente inescapable; Esperanza, por esto, es presa fácil de “la retórica de la modernidad” (Mignolo 36) mediática, a la cual se afilia al internalizar que un hogar digno necesariamente ha de lucir “like the houses on T.V.” (Cisneros 4). Piénsese, asimismo, en los discursos informales de transmisión cotidiana entre los vecinos, como el de Cathy, la joven que pronto ha de mudarse de Mango, pues “the neighborhood is getting bad” (Cisneros 13), dado, según sugiere, el constante arribo a este de gente como Esperanza (Cisneros 13). El propio discurso de Esperanza acerca de la inmigración ilegal es desafortunado, pues se construye de un lexicón xenófobo no tan propio de una niña inmigrante como sí de un adulto prejuicioso, a quien Esperanza quizá parafrasea cuando, refiriéndose a Gerardo, un joven indocumentado muerto en un accidente incierto, lo describe como “[j]ust a *brazier* who didn’t speak English. Just another wet-back. You know the kind. The ones who always look ashamed” (Cisneros 66). Por supuesto, también es factible que tal como la niña ha internalizado el discurso televisivo moderno, haya internalizado también el discurso xenófobo moderno, al cual subyace patentemente “la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36), y que su descripción de Gerardo sea una externalización de esa internalización, y no la paráfrasis de una fuente ajena. Ahora bien, el discurso informal que más casualmente se pregona en la cotidianidad del barrio es el de vilipendio a lo femenino, discurso al cual Esperanza disiente principalmente al

instituir su idiosincrasia en razón de sus alianzas emocionales con otras mujeres. Por ello, en la escuela, toma partido por Sally y decide que “[t]he stories the boys tell in the coatroom [sobre ella], they’re not true” (Cisneros 82); y asimismo, en la calle, mientras juega con Rachel y Lucy a aprender a andar en zapatos de taco, se resiente de la diatriba paternalista que les reporta su juego: “Your mother know you got shoes like that?” (Cisneros 41), las interpela un vecino mayor, quien luego agrega amenazante: “Them are dangerous [...]. You girls too young to be wearing shoes like that. Take them shoes off before I call the cops” (Cisneros 41). El discurso de vilipendio a lo femenino, de tal modo, es utilizado por los chicos, en la escuela, para denigrar (y probablemente sexualizar) conversacionalmente a una compañera (Esperanza no aclara qué dicen de Sally, pero siendo la de los chicos una “charla de vestidor”, se infieren la temática y los términos sexistas), y por el vecino mayor, en la calle, para sancionar moralmente un juego infantil femenino e, incidentalmente, para insinuar que la indumentaria femenina causa el peligro que corren las mujeres en los espacios públicos. Cabe mencionar que, dado el informalismo de los discursos que transitan en el barrio, Esperanza y sus vecinos se subsumen en el conglomerado que Spivak (2009) denomina la población no especialista (69), “para quien la episteme lleva a cabo su función programadora en silencio” (69), lo cual no quiere decir que esa episteme no use discursos, sino que usa unos lo bastante naturalizados como para, por decirlo coloquialmente, “no hacer ruido”. (En el mismo conglomerado se subsume, en el relato de Lucy, la madre de esta: su legitimación del orden patriarcal es, en ese sentido, la evidencia de su asimilación a la episteme antillana, y también a la británica, pues la primera se supedita colonialmente a la segunda).

A pesar de todo lo cual y, a la vez, gracias a todo lo cual, Esperanza, como Lucy, se apropia del registro artístico e intelectual de la escritura para urdir sus propios discursos (y con

ello ratifica su capacidad adaptativa y su conciencia nómada, pues el nomadismo, recuérdese “es una forma de resistencia [...] a las visiones hegemónicas y excluyentes de la subjetividad” (Braidotti 59)). Con estos comunica, a mitad de su relato, su deseo intenso de zafarse de sus actuales circunstancias, de disentir a ellas categóricamente: “I want to be —escribe— like the waves on the sea, like the clouds in the wind, but I’m me” (Cisneros 60). Más adelante en su relato, se vale de la escritura para conectar con otras sujetas estancadas en situaciones similares a la suya; piénsese en Minerva, la joven que cada día aguarda que sus hijos duerman, y entonces “she writes poems on little pieces of paper that folds over and over and holds in her hands a long time” (Cisneros 84). Esperanza y Minerva se comunican sin pronunciar palabra, valiéndose de sus creaciones literarias: “She let me read her poems —explica Esperanza—. I let her read mine” (Cisneros 84). Al cabo, al concluir su relato, Esperanza ya no se vale de la escritura para intentar hurtarse de su entorno y sus pares, sino para reconciliarse con ellos: “I put it down on paper —dice— and the ghost [of my house] does not ache so much. I write it down and Mango says goodbye sometimes. [...]. She sets me free” (Cisneros 110). Persiste su anhelo por un hogar distinto, pero al imaginarlo ya no conjura la estampa clasista de los discursos públicos, sino la lección de autonomía sacada en limpio de presenciar las desventuras de las mujeres de su vida que se han rendido a, o han sido rendidas por, la opresión patriarcal. Sabe qué quiere: “Not a flat. Not an apartment in the back. Not a man’s house. Not a daddy’s. A house all my own. With [...] [m]y books and my stories” (Cisneros 108). Por lo demás, de sus palabras se elucida un guiño intertextual a *Un cuarto propio* (1929), de Woolf, texto mediante el cual su autora, entre otras cosas, sienta su propia filiación artística e intelectual con sus ascendientes: Austen, Brontë, Eliot, Rossetti, etcétera (Woolf 2014). Diríase que como Woolf se debe a estas, Esperanza se debe a Alicia, Sally, Minerva, Marín, Lucy, Rachel y la bisabuela Esperanza.

Por supuesto, más allá de reconocerles a Esperanza y Woolf esta experiencia puntual en común (la de ser mujeres que se adeudan a mujeres), no correspondería pretender igualar el entramado general de las experiencias vitales de la niña, una (figuración literaria de una) sujeta de color arraigada en un entorno que no solo la violenta sexista, sino también clasista y racistamente, con el entramado general de las experiencias vitales de la autora, una sujeta que, empero de sus desventajas por cuestión de su género, fue lo bastante privilegiada por su entorno como para poder permitirse concebir y difundir un tratado feminista que hoy en día se considera un clásico en su ámbito y, consecuentemente, se prescribe, a veces, como “cura” universal al sexismo. Algo similar puede decirse de la vinculación forzosa entre Lucy y Beauvoir acometida por Mariah, y de la “lectura” de Lucy que la empleadora ensaya apoyándose del texto de esa autora, el cual le permite “leerse” a sí misma y, por lo tanto, deduce, ha de permitirle “leer” a cualquier mujer, sin excepción. Mariah encarna, en suma, la maña generalizante “del feminismo hegemónico (o “blanco”) que, promoviendo la idea de una entidad común, invisibiliz[a] a las mujeres de color que no pertenc[en] a la clase social dominante” (Cubillos 121); en correspondencia, Esperanza y Lucy encarnan a “las “Otras” del feminismo hegemónico” (Bidaseca et al. 7), y pretender “leerlas” irreflexivamente a la luz de los tratados clásicos de ese feminismo, no cancelaría sus otredades, solo las asentaría.

Al cabo, baste reiterar que, incluso si los discursos vigentes y en tránsito en la praxis norteamericana, con su “retórica de la modernidad [...] y [su] lógica de la colonialidad” (Mignolo 36), pregonan incesantemente el sexismo, el clasismo y el racismo, e incluso si las propias Esperanza y Lucy incurren en erigirse, también, ocasionalmente, como pregoneras de esos regímenes (pues las circunstancias y la costumbre (lo naturalizado) a veces conminan a consentir), al cabo la niña y la joven se proponen, y en efecto logran, disentir a esos discursos,

apropiándose de ciertos registros artísticos e intelectuales que les permiten urdir discursos propios (en términos de Braidotti (2000), diríase que sus conciencias nómades las exhortan a resistirse a “las visiones hegemónicas y excluyentes” (59) que permean sus presentes). Cada cual, mediante esa apropiación, mantiene a flote el proyecto en razón del cual se ha adaptado: en el caso de Esperanza, se trata de aquel que la vincula afectivamente con sus pares y su entorno, en una praxis comunal que ante todo quisiera verla patriarcalmente “domesticada”; y en el caso de Lucy, se trata de aquel que le garantiza su propia autonomía, en una praxis social que ante todo quisiera verla recreando en el presente los patrones de su pasado histórico.

6. Conclusiones

La presente investigación enfocó, en un corpus compuesto por las novelas *The house on Mango Street* (1984) de Sandra Cisneros y *Lucy* (1990) de Jamaica Kincaid, las representaciones literarias de las negociaciones mediante las cuales se constituye y subsiste un tipo de subjetividad específico, a saber, el de la mujer in/migrante de color arribada a los Estados Unidos. Las protagonistas de las novelas, Esperanza y Lucy, encarnan ese tipo de subjetividad. La investigación se planteó de hipótesis que, a grandes rasgos, dado que son in/migrantes, las protagonistas se escinden espaciotemporalmente entre sus *allá-entonces* y sus *aquí-ahora* (Trigo 2000); dado que son mujeres, se debaten entre acatar y desacatar el orden patriarcal o la opresión por género (Lugones 2008); y dado que son mujeres de color, sus negociaciones con la opresión sexista se entrecruzan con sus negociaciones con las opresiones clasistas y racistas (Lugones 2008, Mignolo 2007, Quijano 1992). Los objetivos de la investigación conllevaron determinar y analizar tales negociaciones. El campo teórico-crítico de circunscripción de la investigación fue el del feminismo decolonial.

El primer capítulo se ocupó de las escisiones y las negociaciones espaciotemporales y asimilativas/adaptativas de la in/migrante. La tematización de la in/migrancia (Trigo 2000) permitió ver a las subjetividades in/migrantes gestionando sus circunstancias presentes en virtud de sus experiencias pasadas. Escindidas entre estas experiencias y esas circunstancias, se hallan escindidas de hecho existencialmente, y, por tanto, su sentido de pertenencia se ve conflictuado. Porque son in/migrantes de color, destaca el hecho de que su espaciotiempo presente sea el de los Estados Unidos, entidad geopolítica de primacía ideológica blanca. Negocian, entonces, con los idearios sexistas, clasistas y racistas norteamericanos. Tempranamente, Esperanza se niega a afiliarse tanto a su presente como a su pasado: ambos la avergüenzan, y el presente puntualmente

la decepciona. Se muestra en disenso respecto de ellos. Tempranamente, también, Lucy se niega a desafiliarse tanto de su presente como de su pasado: el primero la atrae por novedoso, pero es una atracción cauta, y el segundo la atrae por familiar, pero es una atracción de la que quisiera zafarse. Se muestra en renuente consenso con ellos. Ambas coinciden, en todo caso, en hallarse desengañadas: sus *aquí-ahora* no cumplen sus expectativas, y sus *allá-entonces* no cesan de obsesionarlas. Y en todo momento, el imaginario norteamericano persiste en mostrarse peyorativo respecto de las raigambres de ambas; las conmina a asimilarse ideológicamente. Inicialmente, Esperanza acepta esa conminación, y consiente a su racismo al punto de volverse cómplice de su propia alienación. Con todo, finalmente logra adaptarse formando vínculos afectivos con otras mujeres en situaciones semejantes a la suya y, ello mediante, se reconcilia con su barrio y en general su presente. Lucy, quien también es denostada por el imaginario norteamericano dados su raigambre y su pasado histórico, escoge desde temprano adaptarse en pos de independizarse de su pasado familiar y comunal, al cual, a regañadientes, igualmente añora. Sus negociaciones adaptativas consisten en sobrellevar sus rutinas y hacer los cambios necesarios (de hogar, de trabajo...) en pos de subsistir en su praxis. Ambas, entonces, por virtud de adaptarse, se constituyen como sujetas migrantes y asimismo como sujetas nómades (Braidotti 2000). Sus nomadismos devienen de que sus capacidades adaptativas les permiten desarrollar cierta resistencia no casual, activa, a la conminación del imaginario norteamericano. Sus experiencias in/migrantes develan, además, las implicancias de “la retórica de la modernidad [...] y la lógica de la colonialidad” (Mignolo 36) en las ilusiones que han gestado y las desilusiones que han sufrido. Tematizar, a la par de esa retórica y esa lógica, la “colonialidad del poder” (Quijano 19) permite comprobar que los castigos racistas y clasistas a los que las somete el imaginario norteamericano, y con los cuales han tenido que negociar en pos de subsistir, no

son fortuitos sino históricos: la precariedad doméstica y comunal de Esperanza y las relaciones siempre jerarquizadas en las que se ve involucrada Lucy son designios de la “colonialidad del poder” y evidencian que la niña y la joven son las herederas contemporáneas de los colonialmente dominados de antaño.

El segundo capítulo se ocupó de las negociaciones de la mujer de color con la opresión sexista, las cuales se entrecruzan con sus negociaciones con la opresión clasista y racista. La tematización de la “colonialidad del género” (Lugones 2008) permite develar la colusión de los regímenes del género, la clase y la raza, y las opresiones múltiples que se generan de las intersecciones múltiples de esos regímenes. Negociar intersubjetivamente con la “colonialidad del género” le muestra a Lucy que las propias congéneres pueden erigirse como enemigas de clase y raza, como Mariah, que piensa en “la mujer” como un default monolítico (Spivak 2009), y en enemigas de género, como la madre, que legitima el patriarcado. Con Esperanza pasa otro tanto; negociar con la “colonialidad del género” le muestra que los propios pares de raigambre y estrato pueden erigirse en enemigos de género al alero del machismo naturalizado; en esa misma guisa, le muestra que la intersubjetividad entre hombres y mujeres está plagada de dinámicas jerarquizadas que ponen a las mujeres en desventaja, y de juegos de poder sexistas de los que las propias mujeres se hacen cómplices. La propia Esperanza no se exime, y de hecho se afilia al poderío masculino cuando lo imita, en pos de empoderarse. Lucy hace otro tanto y consiente a ese mismo poderío cuando lo concibe normal e incluso lo admira. Por otro lado, negociar discursivamente con la “colonialidad del género” les significa lidiar con que los misceláneos discursos artísticos, intelectuales, públicos y populares avalan las hegemonías de los imaginarios blanco y masculino. Esperanza se adhiere a los discursos públicos mediáticos, se deja determinar por su “retórica de la modernidad” (Mignolo 36); a la par, alterna entre pregonar y rechazar los

discursos discriminatorios de circulación popular en el barrio; disiente ante todo de los sexistas, pues estos van en detrimento de las mujeres con quienes se afilia afectivamente. Lucy, en tanto, a la que le han inculcado cuando niña los discursos que asientan a “Occidente como Sujeto” (Spivak 43), de adulta se muestra más crítica y disiente de los intentos de subalternización por ventriloquismo (Spivak 2009) que se ensayan contra ella utilizando discursos blancos. Con todo, la niña y la joven se las arreglan para disentir a los discursos que las irrespetan, apropiándose de los registros artísticos e intelectuales que les permiten urdir sus propios discursos. Con estos disensos, ratifican sus capacidades adaptativas, diríase que conminadas por sus conciencias nómades a resistirse a las formas representacionales que las excluyen (Braidotti 2000) o solo las pretenden incluir positivístamente. En relación a esto último, y en definitiva, los guiños intertextuales que los relatos de Esperanza y Lucy hacen a los textos feministas clásicos de Beauvoir y de Woolf, recuerdan que el tipo de subjetividad encarnado literariamente por la niña y la joven, esto es, el de la inmigrante de color, se subsume al conglomerado de “las “Otras” del feminismo hegemónico” (Bidaseca et al. 7), dado que este feminismo no la considera plenamente y, lo que es peor, cuando intenta forzada y/o irreflexivamente hacerlo, solo la silencia (Spivak 2009) y la invisibiliza (Lugones 2008).

7. Referencias bibliográficas

Corpus básico de análisis

Cisneros, Sandra. *The house on Mango Street*. New York: Vintage Books, 1991.

Kincaid, Jamaica. *Lucy*. Santiago de Chile: LOM, 2011.

Referencias teórico-críticas

Asensi, Manuel. “La subalternidad borrosa”. *¿Pueden hablar los subalternos?*, de Gayatri Spivak. Barcelona: Museu d’Art Contemporani de Barcelona, 2009. 9-39.

Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo, 2015.

Beltrán-Vocal, María. “La problemática de la chicana en dos obras de Sandra Cisneros: *The house on Mango Street* y *Woman Hollering Creek and Other Stories*”. *Letras Femeninas* 21 (1995): 139-151.

Bernal, Manuela. “Configuración de la identidad en Lucy de Jamaica Kincaid”. Tesis. Universidad de Chile, 2014.

Bidaseca, Karina, et al. “Prólogo”. *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*. Comp. Karina Bidaseca y Vanessa Vázquez. Buenos Aires: Godot, 2011. 7-9.

Braidotti, Rosi. “Introducción. Por la senda del nomadismo”. *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires: Paidós, 2000. 25-83.

Cubillos, Javiera. “La importancia de la interseccionalidad para la investigación feminista”. *Oxímora Revista Internacional de Ética y Política* 7 (2015): 119-137.

- Fraiman, Susan. "Undocumented homes: histories of dislocation in immigrant fiction". *Extreme domesticity: a view from the margins*. New York: Columbia University Press, 2017. 118-153.
- Lugones, María. "Colonialidad y Género". *Tabula Rasa* 9 (2008): 73-101.
- McCracken, Ellen. "Sandra Cisneros' *The house on Mango Street*: Community-Oriented Introspection and the Demystification of Patriarchal Violence". *Breaking Boundaries. Latina Writing and Critical Readings*. Eds. Asunción Horno-Delgado, Eliana Ortega, Nina M. Scott, Nancy Saporta Sternbach. Amherst: The University of Massachusetts Press, 1989. 62-71.
- Majerol, Verónica. "Jamaica Kincaid's *Lucy* and the aesthetics of disidentification". *Journal of Caribbean Literatures* 4 (2007): 17-27.
- Mignolo, Walter. *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- Mouffe, Chantal. "Por una política de la identidad nómada". *Debate feminista* 14 (1996): 3-13.
- Perles, Juan. "El motivo de la casa como símbolo organizador en *The house on Mango Street*, de Sandra Cisneros". *Hojas de Warmi* 10 (1999): 155-165.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad y modernidad/racionalidad". *Perú Indígena* 13 (1992): 11-20.
- Rich, Adrienne. "Apuntes para una política de la ubicación". *Otramente: Lectura y escritura feministas*. Coord. Marina Fe. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 1999. 31-51.
- Spivak, Gayatri. *¿Pueden hablar los subalternos?* Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona, 2009.

Stecher, Lucía. “Entre “los placeres del exilio” y los descontentos de la migración: Lucy, novela de Jamaica Kincaid”. *Alpha* 30 (2010): 181-193.

Trigo, Abril. “Migrancia: memoria: modernidad”. *Nuevas perspectivas desde / sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Ed. Mabel Moraña. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000. 273-292.

Woolf, Virginia. *Un cuarto propio*. Buenos Aires: Lumen, 2014.